



Aquellos que le Aman

M.Basilea Schlink

Aquellos que le aman

**Dinámica y necesidad de
un amor personal y
perseverante por Cristo**

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.
Darmstadt, Alemania
Todos los derechos reservados.
Título original en alemán: *Die ihn lieben*

Primera edición en español 1995
Versión como PDF en español 2022
ISBN 978-3-87209-914-3

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

info-es@kanaan.org

www.kanaanhispano.net

INDICE

Pero tengo contra ti.....	4
El amor de Jesús por nosotros, un amor sin medida.....	21
Nuestro amor por Jesús, ¿nuestro “primer amor”?.....	34
¿Qué obstaculiza el “primer amor”?.....	67
A mucho perdón, mucho amor.....	91
Amor por Jesús, amor fraterno.....	105
Amor por Jesús, participación de Sus sufrimientos.....	117
La segunda venida de Jesús, tiempo de separación.....	133
La meta final del amor: las Bodas del Cordero.....	148
“Te amo, Señor” (canción)	163
Oración por el “primer amor”	164

Pero tengo contra ti...



¿Te has detenido a meditar alguna vez en la Palabra de Dios en Apocalipsis 2:4?

¿Acaso has sentido una sensación incómoda que atravesaba tu corazón al leer estas palabras: “*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*”?

Ésta fue mi experiencia hace unos 25 años atrás, en una época en que me encontraba plenamente entregada al servicio del Reino de Dios. Cada instante parecía totalmente cubierto con el trabajo para Dios: grupos juveniles, estudios bíblicos, consejería; mucho de esto requería una preparación en detalle y me dejaba frecuentemente al borde del agotamiento. Esto sucedía en medio de la Segunda Guerra Mundial. El sufrimiento, físico y espiritual, causó en muchos alemanes sed de la Palabra de Dios. Las iglesias y capillas se llenaban para

escuchar mis charlas, recibiendo la Palabra de Dios con corazones agradecidos, tal como lo atestiguaban los comentarios y la numerosa correspondencia. El tiempo no alcanzaba para cubrir todos los pedidos de cursos bíblicos y conferencias recibidos de las iglesias y grupos de toda Alemania.

¿No sentirías tú que semejante respuesta a tu ministerio te daría una gran satisfacción? Realmente, agradecía ese privilegio del ministerio por Jesús. Además, mi vida personal era más que satisfactoria: vivía con una amiga con quien podía compartir mi vida espiritual, la oración y la carga de mi tarea.

¿Qué podría faltar en esta vida tan fructífera al servicio de Dios? ¿No giraba todo alrededor de Jesús? Así lo pensaba yo. Pero luego llegó el momento en que una palabra de Dios me perturbó. No puedo hoy recordar si sucedió cuando escuchaba un sermón o leía la Biblia, o durante la oración. Se refería al “haber dejado tu primer amor”, y porque Su palabra es nuestra medida absoluta, empecé a preguntarme por la

veracidad de mi propia vida de fe y servicio por Jesús. Seguí leyendo unos versículos más, los del duro juicio de Jesús al líder de la Iglesia de Efeso. ¿Estaba Jesús hablándome para juzgarme de ese mismo modo? ¿Era a mí a quien también decía: “*Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete*” (*Apocalipsis 2:5*)? ¿Cómo era el “primer amor”? No pude captar del todo el significado de ese “primer amor” de la Escritura. En cambio, reconocí que en mi amor por Jesús algo estaba faltando.

Miré atrás, cuando el Dios viviente entró a mi vida de una forma personal. ¿No fue acaso “otro amor” el que entonces encendía mi corazón? ¿Había yo cambiado este amor por Jesús, cambiándolo por el amor a mi ministerio, que tanto llenaba mis días y satisfacía mi corazón?

Cuando leí el mensaje del Señor a los Efesos en Apocalipsis 2, me di cuenta de que Jesús dijo muchas cosas dignas de aprobación y elogio sobre el líder espiritual, así que se debiera concluir que estuvo en un correcto amor por Jesús. Jesús habla como éste se aparta de todo lo

malo, soporta pacientemente pruebas y dificultades, no se ha desanimado.

Sin embargo, el versículo siguiente contiene esta aguda réplica de Jesús: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”. A medida que lo meditaba me iba sintiendo más y más perturbada. Si el “primer amor” no es ninguna de las cosas que Jesús elogia de este líder de la Iglesia de Efeso y mi propio ministerio no podía compararse al suyo, entonces, ¿qué es exactamente y por qué Jesús lo valora tanto?



Me inquietaba la amenaza de Jesús de “quitar tu candelero de su lugar”. Ésta era una iglesia aparentemente viva, vigorosa, y, sin embargo, Jesús estaba dispuesto a quitarla, por la única razón de que en ella Él no encontraba “el primer amor”.

Empecé a dudar sobre la situación de mi ministerio, pues veía algo con claridad: que no importaba lo meritorio que pudiese resultar, finalmente caería bajo juicio al faltarle ese “primer amor”. Entendí que el permanecer en el “primer amor” debe ser algo muy decisivo, que es de inmenso valor ante Dios. Más aún, comprendí que, sin este “primer amor”, no podremos producir buen fruto ni prepararnos a participar de la gloria en la Cena de las Bodas del Cordero. Lograr esto, a toda costa, era mi más profundo anhelo.

¿Qué quería decir el Señor con “el primer amor”? ¿Por qué le causaba tanto dolor la pérdida de éste? Por fin recibí la respuesta en oración, en 1 Corintios 13.

La interrogante que surge de inmediato en este capítulo de la Escritura, tiene que ver con nuestro amor al prójimo. El rasgo distintivo del amor aquí retratado es que siempre busca a los demás. No es un amor motivado por el heroísmo o el idealismo, por el cual podría “*repartir todos mis bienes y... entregar mi cuerpo para ser quemado*” (v.3), que en el fondo, aunque pasara inadvertido, pudiera ser expresión del propio ego. Ésta era la clave. Ahora veía lo que quería decir Jesús en relación con “el primer amor”.

Ya comprendía lo que Él estaba pidiendo a los que creían en Él, en Apocalipsis 2. Tenía que ver con el amor que no busca nada para sí y, sin embargo, abarca mucho más que el amor que se abre hacia los demás. Este “primer amor” no busca a las personas sino a una Persona, a Aquel que por sí mismo es digno de nuestro *primer* amor. El “primer amor” es nuestra íntima relación amorosa y personal, con nuestro Señor Jesucristo.

Fue en ese instante en que el Espíritu de Dios arrojó su luz penetrante sobre mi vida. Es verdad

que había creído en Jesús como mi Señor y Salvador y lo había aceptado en la fe. Por amor, me había consagrado a Su servicio y mi vida estaba a Su disposición, era Su testigo. No obstante, aunque al principio pasó inadvertido, este amor había disminuido en mi relación con Jesús con el correr de los años, ese “*primer amor*” que lo busca sólo a Él.

Podría verse en esto una comparación con la relación de una esposa y su marido. Ella, alguna vez, le entregó un amor ilimitado, todo para él. Pasan los años y en su matrimonio ella aún le sirve fielmente, cuida de todas sus necesidades, inclusive comparte plenamente con él la responsabilidad del trabajo. No obstante, el esposo percibe que algo está faltando, esa íntima y personal unión con él ya no es igual que en los primeros días de su amor. Ella ya no demuestra gran deseo de estar a solas con él ni de acercarse. Al principio, ella le entregaba todo su tiempo, pero ya no. Ahora a ella sólo le basta con dedicar todo su tiempo a las tareas, en las

cuales se pierde, a pesar de que se dice a sí misma que “todo es por él”.

Con el paso de los años, llegué a darme cuenta de que mi relación con mi Señor Jesucristo, era parecida a esta relación. ¿Qué hacía cada vez que encontraba algún pequeño momento libre, en domingo o día feriado? Ansiaba por reunirme con otra gente, gente que me agradaba, con quienes tenía algo en común, para compartir ideas y experiencias, leía algún libro interesante, o tal vez salía para disfrutar de la naturaleza, o me sumergía aún más en mi trabajo y ministerio. Pero ir a Jesús y darle a Él la prioridad, aún en mi tiempo libre, eso no lo hacía. Mi amor era un amor dividido. Pertenecía tanto a alguna otra persona, o a algo que en particular me interesaba, como a Jesús. Así, no usé mi tiempo libre principalmente para buscar la quietud de la oración, donde el amor entre Jesús y yo pudiera ser expresado. No anhelaba estar mucho a solas con Él y escuchar las inquietudes que pesan sobre Su corazón; no me estaba ocupando de hacerle feliz. Mis pensa-

mientos vagaban por aquí y por allá, cuando no se fijaban en un asunto en particular. Del mismo modo se movían mis pies: tan pronto hallaba algún momento desocupado, allá iba yo, pero no a algún lugar quieto de oración, aunque ahí era donde Jesús me esperaba.

Sin embargo, el amor verdadero busca al ser amado. Y porque Jesús es el Amor mismo, tal como está escrito: “*Dios es amor*” (1 Juan 4:8), Él nos busca y aguarda por nuestro amor, un amor que le quiere y le busca sólo a Él. Nada puede satisfacer tanto al corazón de Jesús como nuestro amor. Por eso, no le es suficiente, aunque es y siempre será importante que demos nuestro todo en el trabajo y soportemos pacientemente nuestras cargas, que odiamos el mal y no permitamos que entre en nuestra vida. Jesús desea más, desea la íntima y personal entrega de nuestros corazones y no por una sola vez, como lo experimentamos, al principio, la gracia del perdón y de la salvación. No, Él lo quiere una y otra vez, renovado, cada día.

Esta es la verdad que irrumpió en mi vida, mientras leía el mensaje del Señor a la Iglesia de Efeso en Apocalipsis 2. Pues aquí, el amor por Jesús mencionado no es igual al concepto general del “amor de Dios”, del cual muchas veces no tenemos una clara idea y que sólo es un amor entre otros en nuestros corazones. No, con estas palabras a la Iglesia de Efeso, Jesús habla claramente de un amor específico, verdaderamente del “primer amor”.

A medida que oraba sobre esto, iba reconociendo más y más que sólo puede referirse a una clase de amor: el amor nupcial. Pues es justamente en esto, en el amor de esposos, que hablamos del “primer amor”. Por eso, el amor de una novia debe enseñarnos de lo que Jesús quiere decir por “el primer amor”.

Una tristeza invadió mi corazón, al pensar en ese “primer amor” de la novia, pues este amor tiene una característica distintiva: *sólo tiene ojos para el novio*. Sus pensamientos, se avocan a Él en todo momento y su corazón suspira sólo por Él. Cuando medité acerca de mi amor por

Jesús, me di cuenta que ese vivo deseo, esa calidad absoluta, parecían totalmente ausentes. El amor nupcial es aquello que arriesga todo por una causa, dejando todo lo demás de lado. Lo da todo, es pródigo, hace cosas fuera de lo común. Es capaz de sacrificarse, entregando todo por la persona amada. Todo esto cuanto caracterizaría al amor como amor nupcial, no se pudo encontrar en mi amor por Jesús.

El Espíritu de Dios me convencía más profundamente de que había perdido este “primer amor”, ese amor tan personal e íntimo, que es para Jesús lo más importante. Quizás en años anteriores incluso me había enorgullecido, porque mi cristianismo era tan disciplinado y controlado y, por tanto, pensaba que todo estaba en orden. Como muchos cristianos, daba por sentado de que perdemos, gradualmente, aquel fuego que sentimos al principio por el Señor. Pensé que se desvanecía, tal como en un buen matrimonio, para ser reemplazado por un amor racional, más crecido, que se manifiesta sobrio,

realista, con los pies en la tierra. Esta era la ilusión bajo la cual estaba viviendo.

Pero ahora las escamas caían de mis ojos. Precisamente en el desear ser sobriamente realista, mi amor a Jesús había fallado. Mi pecado quedaba desnudo y expuesto a la luz de la Palabra de Dios: no había tomado en serio el mandamiento de Jesús, pues Él pedía un amor que lo ponga a Él por encima de todas las cosas, que lo ame con todas nuestras fuerzas y le consagre todo cuanto somos y tenemos. ¿Quién es verdaderamente realista y sobrio en su amor? Sólo el que mantiene su “primer amor”, un amor que es fuera de lo común y lo arriesga todo... Ahora ya entendía, pues sólo un amor así es obediente al Primer Mandamiento.

¿Puede uno hacer “demasiado”, cuando es para Quien, cuyo amor es inconmensurable? Como ya no me hallaba atraída por Su amor, Su gloria y hermosura, me faltaba este amor, y por eso era para mí esta palabra de la Escritura: *“Has dejado tu primer amor”*.

Desconsolada, comencé a añorar la renovación de este “amor nupcial”. Y no sólo a anhelarlo sino a orar y a suplicarle a Dios que me lo concediera. Sabía que tenía que tener este amor, a toda costa, para no hallarme un día ante la puerta cerrada de la Cena de las Bodas del Cordero. Tenía que permanecer en este amor. De lo contrario, todos mis servicios por Jesús merecerían un juicio: mi *“candelero sería quitado”*. Me desecharía como a una rama sin frutos, a ser quemada, porque no había permanecido en Su amor, tal como la rama permanece en la viña. Ahora lo veía claramente: sólo en el amor está la vida. Si nuestra “vida” consiste en procurar vida a otros, necesariamente debe ser una vida ligada al amor de Jesús.

En la medida que mi anhelo y ruegos por este amor crecían, descubrí aquello que me hizo perder este “primer amor”, y porqué fue necesario esforzarme tanto por hallarlo otra vez. Además de mi corazón dividido, estaba la barrera de que no pude llorar por mis pecados, por lo que comencé a implorarle al Señor para

que me humillara y me diese un corazón quebrantado. Recordé a la mujer que tanto había pecado y de la cual hablaba la Biblia en Lucas 7. Ella llorando cayó de rodillas a los pies de Jesús. Luego llena de gratitud por Su perdón, fluyó de ella un amor verdadero por Él. Rogué por esta clase de arrepentimiento y amor.

El Señor respondió a mi ruego, ya que Él siempre contesta los pedidos que son según Su voluntad, y la oración pidiendo un corazón contrito es siempre según Su voluntad. En los años siguientes, Él me llevó por caminos muy difíciles de humillación, juicio y disciplina. Aprendí a llorar por mis pecados. En espíritu, me humillé ante Dios y los hombres, como una pobre pecadora. Pedí perdón a las personas contra quienes había pecado, y en la medida en que me humillaba, Dios más me concedía un amor personal por Jesús.

Desde que aprendí a amar a Jesús de esta forma, mi vida se ha vuelto indescriptiblemente rica y feliz. En Él he encontrado la plenitud de la vida. ¡Qué privilegio: amar a Aquél de cuyo

amor está escrito: “*Qué bello y dulce eres tú, oh amado mío*” (Cantar de los Cantares 1:16)! El dolor y la cruz dejaron de parecerme una carga pesada, pues ahora aprendía ir el camino de la cruz en amor a Jesús y Su amor por mí y mi amor por Él transformaban mi cruz.

A medida que crecía mi amor por Jesús, la gente y las cosas de este mundo perdían importancia; ya no me tenían atada. En este sentido pude comprender las palabras del Apóstol Juan: “No amen al mundo...” (1 Juan 2:15). Cada vez más me independizaba de cuanto el mundo me diera o quitara. Jesús llegó a ser todo para mí.

Y con esto, el cielo con su gloria se me abría más y más. No pudo ser de otra forma, pues la Escritura dice: “...*busquen las cosas de arriba, donde está Cristo.*” (Colosenses 3:1). Jesús habita en los cielos, y quien le busca, ahí le hallará a la derecha de Dios, y al encontrarse con Él, ¡descubrirá el cielo!.

No sólo vino a mí el cielo: también la tierra me llegó como un regalo nuevo, pues tanto los cielos como la tierra son suyos. Una novia debe amar todo lo que es del novio. El alma que ama a Jesús ama todo lo Suyo: el cielo y la tierra, Su creación, todas Sus criaturas que Él rodea con Su amor y cuidado, especialmente a la humanidad, por la que Él dio Su vida; por sobre todo, a los “hermanos”, aquellos que son miembros de su Cuerpo, la Iglesia. Pero el amor de la Novia no sólo se detiene allí, sino que sigue adelante amando también a sus enemigos, tal como lo hizo Jesús, a aquellos que se oponen a Él y a nosotros.

“El primer amor”, ¿puede acaso otro don comparársele? ¿Qué otra cosa mayor podría desearse? Verdaderamente con esto, ya tenemos un anticipo del cielo aquí en la tierra y estamos acercándonos hacia la gloria celestial que Dios ha preparado para aquellos que le aman, las Bodas del Cordero.

Basado en la experiencia personal, los próximos capítulos de este pequeño libro quieren compartir, cómo este “primer amor nupcial” por Jesús ha de ser el Alpha y Omega de nuestra vida, y ¡cuánta es la bendición y felicidad que trae el amar a Jesús!

Haz clic en la Foto



El Amor de Jesús por nosotros, un Amor sin medida



El “primer amor”, sí, todo amor a Jesús, brota de Su amor: “...*porque él nos amó primero*” (1 Juan 4:19). ¿Y Quién es Este que ha regalado Su amor a los hijos de los hombres? ¿Quién es Él? Él es mucho mayor de lo que algún corazón o mente pueda imaginar o captar. El salmista dice de Él: “*Tú eres el más hermoso de los hijos de los hombres...*”(Salmo 45:2). Como el Hijo de Dios, Él lleva en sí el resplandor de la gloria del Padre e ilumina con Su luz la Ciudad de Dios, pues “...*el Cordero es su lámpara*” (Apocalipsis 21:23). Él sostiene al universo con Su palabra poderosa y es la imagen misma de la naturaleza de Dios Padre. Jesús es tan glorioso y majestuoso, que todos los ángeles le veneran y adoran, y tan grandes y potentes son Sus obras, que el universo entero fue creado por Él (Hebreos

1:1-6). Sí, ¡Él es el Rey de reyes y Señor de señores!

Y sin embargo, a la vez es tan manso y humilde que abandona la gloria celestial, para acercarse a los hijos de los hombres, a los pecadores. No le quieren ni le van a recibir. Aun así, Él viene, tomando su forma humana y caminando entre ellos; “...*Jesús no se avergüenza de llamarlos sus hermanos*” (Hebreos 2:11). Los creó por amor y le devolvieron con odio. No obstante, sigue amándolos, aunque por último, le torturan hasta darle muerte, le ridiculizan, se burlan, y le clavan a una cruz.

Una y otra vez Sus palabras para con ellos son palabras de amor y compasión. El suyo es un amor fuera de lo común, que soporta todo, que se entrega y se derrama por aquellos que le pisotean.

Siendo el Señor y Dios todopoderoso, sólo tenía que decir una sola palabra y todos Sus enemigos se hubieran postrado ante Él. ¡Qué amor tan osado! Todo tipo de odios y maldades

arrojados contra Él y aun así responde de una sola forma: amor. No puede sino amar, pues es como si hubiera “perdido” Su corazón por los hijos de los hombres.

Sí, hasta hoy es así: Cuando no le correspondemos con nuestro amor, le desilusionamos y abandonamos, igual Jesús no cesa de amarnos. Sufriendo, Él sigue amándonos, como antaño lo hizo por Sus discípulos y Su pueblo, así lo hace hoy... hasta que Su amor sufriente nos haya restaurado. Él vive para amarnos.

Su naturaleza entera está formada por una sola palabra: amor. Todas Sus palabras nos hablan de amor, pues nacen de un corazón amante. El amor brota de Su semblante como el sol del mediodía. Las heridas en Sus manos, Sus pies y Su costado son, así, muestras de Su amor (Apoc. 5:6) que le llevó a sufrir por la humanidad languideciente en cadenas de sombra, prisionera de Satanás. Por medio del sufrimiento Él nos rescató, para que nuevamente nos pudiera abrazar y envolver en Su amor, en su Reino de felicidad.

En el cielo, Jesús está sentado sobre Su trono. Mas Él no posee esta gloria real para sí mismo, sino que comparte la alabanza, Su reino y Su poder con nosotros, que fuimos Sus enemigos, porque Él es amor y en Su amor nos quiere a Su lado. Y aunque después de Su sacrificio de muerte ascendió y tomó Su lugar en lo alto a la derecha de la majestad del Padre, Él sigue esperando con paciencia hasta que todos Sus enemigos se postren a Sus pies por amor. Pues Su amor sólo estará satisfecho cuando le amemos libremente. Él no fuerza a Sus enemigos a postrarse y darle el honor, sino que aguarda.

Mucho más de lo que un hombre aguardaría, muy distinto a cómo un hombre quisiera esperar, Él aguarda nuestro amor, pues nosotros hemos nacido de Él. La Biblia dice: “...somos miembros de su cuerpo” (Efesios 5:30). Fuimos creados y redimidos para que pudiéramos responder a Su amor, ofreciéndole el nuestro a cambio. Las personas podrán aguardar nuestro amor sólo por un tiempo, pero luego, ya no lo harán más y se alejarán buscando otro amor.

Pero nuestro Señor Jesús, en Su amor sin medida, entrega “su todo”, hablando en términos humanos, con el único fin de recibir nuestro amor. Así, paciente y humildemente, Él está aguardando hasta que por fin reciba la respuesta de este amor de aquellos que ha redimido con Su sangre: el “primer amor”, el amor nupcial.

El amor de Jesús es único y no hay nadie que sepa amar como Él. Nunca encontraremos un amor humano con tal calidez, fuerza, profundidad y ternura como las que se encuentran en el amor de Jesús. Ni siquiera el tierno amor de un novio o de una madre puede asemejarse a su Amor, pues Él es la fuente de todos los amores. No existe padre, madre, novio o esposo que pueda amar de una forma tan plena y creativa, colmando de bendiciones y bien al ser amado, como Jesús. ¿Nos damos cuenta, realmente, de lo que significa ser amados por Jesús, el Hijo del Hombre, Rey y Señor, el Novio y Amigo de nuestras almas? Su amor verdaderamente les da a beber en el torrente de sus delicias (Salmo 36:8),

llenando de felicidad a cualquier alma, como no lo haría nunca ningún ser humano.

La vida de San Francisco de Asís demostró el inmenso poder que radica en este amor de Jesús. Y esto se hace evidente tanto en la narración de su conversión, como durante todo el transcurso de su vida:

Francisco de Asís, de veintitrés años de edad, dirigente electo de un club, organizó una noche un gran banquete, tal como lo hacía a menudo. Luego, encaminaron sus pasos, cantando, por la ciudad. Francisco sostenía en alto un bastón, símbolo de liderazgo. En un momento dado Francisco se quedó atrás. Ya no cantaba más, se hundía en sus propios pensamientos, pues en ese instante el Señor le había tocado. Una dulzura inmensa inundaba su corazón, impidiéndole hablar o moverse. No sentía nada más que eso y ninguna otra cosa parecía ser real... Los otros se dieron vuelta a mirarlo. Al acercarse a él, quedaron asombrados: era como si Francisco se hubiera transformado en otra persona. “¿Qué se te ha metido?”, preguntó uno de ellos.

“¿Qué sucede? ¿Por qué te has detenido? ¿Viste a alguna joven...a quien deseas acompañar hasta su casa?” “Sí, eso es”, respondió Francisco con una extraña vibración en su voz. “¡Y qué hermosa es! ¡Pues la dama en quien pensaba, a quien deseo acompañar hasta su casa, es más noble y más rica y más hermosa que cualquiera de las que ustedes hayan visto!”. Se rieron de él. Pero no había hablado por sí mismo sino por inspiración divina. Porque su “dama” era la verdadera veneración y adoración a Dios: quiso consagrarse a ella, pues era más noble, más rica, más hermosa en su pobreza que cualquiera otra mujer en medio del esplendor....

Esta era la “perla de gran precio”. Y Francisco, para obtenerla, vendería todo cuanto poseía. Y porque quería protegerla de la mirada de los burlones, acudiría con frecuencia, en realidad a diario, al silencio de la oración, atraído por la dulzura de Jesús...” (de FRANZ VON ASSISI, *Legenden und Laude*, publicado por Otto Karrer, Manesse-Verlag) .

Jesús no sólo nos deja beber de la dulzura y las delicias de Su amor, sino que nos consuela y renueva con Su amor en medio del sufrimiento, ahí donde ningún amor humano puede aliviarnos o consolarnos. Cuando Jesús viene con Su amorosa presencia, transforma la aflicción en gozo. Aunque languideciéramos en el sufrimiento más profundo, Jesús puede transformarlo en un anticipo del cielo.

Recuerdo un año que fue especialmente difícil en mi vida. Una de mis hijas espirituales murió muy joven, después de meses de dolorosa agonía. La quería mucho y su sufrimiento destrozaba mi corazón. ¡Cuánto había orado y creído para que el Señor la sanara!

Algunos meses después, otra de nuestras jóvenes hermanas que había contraído una grave enfermedad durante sus servicios de guerra, llegó al borde de la muerte. Entre ella y yo existía un gran afecto, y nos había ayudado a llevar las responsabilidades y cargas de la Hermandad. Otra vez debí quedarme largas semanas al pie de la cama de una amada “hija”,

sintiendo su dolor y tormento en mi propio corazón y sin poder ayudar. Nuevamente Dios respondió a nuestras oraciones con el silencio, entregándola en manos de la muerte. La llamó, siendo ella aún muy joven.

Pero la disciplina de Dios aún no había cesado. Tantas semanas de esfuerzo y sufrimiento produjeron su efecto y yo misma caí gravemente enferma. Además de todo esto, la obra de nuestra Hermandad enfrentaba una serie de problemas que parecían imposibles de solucionar.

Sin embargo, en aquellos días en que justamente estábamos por dar entierro a nuestra segunda hija espiritual, cuyo fallecimiento me era, humanamente hablando, un dolor tan grande, experimenté el gran consuelo de Jesús.

El ataúd estaba en nuestra capilla, y yo, débil y muy enferma me encontraba en cama. Más aún las dificultades por las que atravesaba nuestra Hermandad se levantaban como grandes olas delante mí, y la tristeza llegó a pesar como

una enorme piedra sobre mi corazón. Entonces se acercó Jesús y dijo: “Vendré a ustedes”. Aunque no le vi con mis propios ojos, Su presencia era tan real que Su amor inundó mi corazón, llenándolo de alegría y consuelo. Muy de cerca pude experimentar qué sucede cuando Él se nos acerca con Su amor: alivia nuestros corazones y nos saca de la aflicción. En medio del más hondo sufrimiento, se abrió el cielo y bajó algo del gozo celestial, que vino a mi encuentro, en mi necesidad.

No fue un funeral común, pues tanto en la capilla como ante la tumba, resonaban himnos de la Resurrección y de los cielos. Más tarde, muchas personas dijeron que nunca habían presenciado un funeral así: podía respirarse un gozo celestial tan grande que la tristeza y el pesar se esfumaban.

Así es, la tristeza y el pesar realmente se desvanecen bajo el poder del amor consolador de Jesús. Muchos han conocido y atestiguado esta realidad celestial, aún dentro de campos de concentración y prisiones que, en sí mismos eran

un anticipo del infierno. Siempre que un corazón ama y recibe la presencia de Jesús, el cielo se hace una realidad, porque Él es la esencia del cielo. Cuando Él viene a nosotros como el Señor de amor, todo se transforma en luz, pues Él es la luz del mundo, y cuando Su rostro brilla sobre nosotros, se disipan todos nuestros pesares y penas.

Sabemos cuánto una sonrisa o aún una mirada de un ser amado pueden traer consuelo a una persona angustiada. Verdaderamente, en el ser amado, el sufriente ve una belleza donde todo lo demás palidece. Todo se daría, libremente, dinero y bienes, vivienda y amigos, absolutamente todo si sólo se pudiera disfrutar de la compañía del ser amado.

Sin embargo, el rostro de Jesús, que brilla como el sol y es el más hermoso de todos los rostros, puede, cuando meditamos en Él, llenar nuestro corazón con un embeleso profundo y sereno y hacer desvanecer las nubes del dolor. Inspira un amor mil veces más poderoso que cualquier otro amor humano. Por este amor,

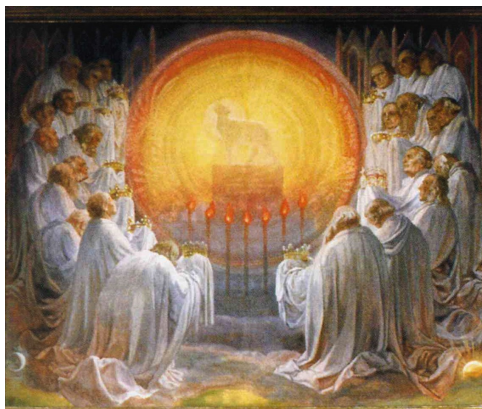
toda otra cosa se considera “como pérdida” (Filipenses 3:8).

Por eso, es la gracia más grande para nosotros, los pecadores, cuando Jesús inclina Su corazón hacia nosotros, y quedamos anonadados de amor. Este corazón es el mismo centro del universo, el origen de toda existencia, y desde allí fluye una corriente de amor que trae y sostiene la vida del mundo entero. Piensa cuánto significa que alguien te abra su corazón. Imagina aún más, que se trata de una persona de gran posición y honor, alguien verdaderamente bello y encantador. Si esto es para desear, ¿cuánto más será que el propio Jesús nos abra Su corazón? Sí, contemplar Su corazón ¡que no es sino amor! ¡Ésta es la felicidad suprema, la alegría de aquél con quien Jesús comparte Su corazón!

¿Quién pudiera alabar suficientemente el amor de nuestro Señor Jesús? Lamentablemente hacemos esto muy poco, ya que no lo conocemos tanto. Solamente aquel que da a Jesús todo su corazón es quien le ama de verdad y puede llegar a conocer Su gran amor, como

Jesús mismo lo dice, al *“que me ama...yo le amaré, y me manifestaré a él”* (Juan 14:21).

Humanamente es imposible medir todo lo que el amor de Jesús nos entrega. El tesoro más precioso de cielos y tierra es el corazón de Dios y Su amor por nosotros. Nuestro anhelo máspreciado en este mundo y en el que vendrá, debiera ser sólo éste: obtener el amor de Jesús, ser amados por Él, y llegar a conocer más de Su amoroso corazón que nos hace corresponder a Su amor.



Nuestro amor por Jesús, ¿nuestro "primer amor"?



Hemos visto algo del amor de Jesús: radiante y hermoso, noble y majestuoso, tierno e íntimo, ardiente y poderoso. Pero, ¿qué hay de nuestro amor por Él? ¿Puede un pecador siquiera responder a un amor así? Quizás pensamos que no es posible... pero lo es, porque Dios nos creó a Su propia imagen. Nos eligió para ser Sus amigos, como lo hizo por ejemplo con Abraham y Moisés, nombrándoles “mi amigo” (Isaías 41:8, Éxodo 33:11). Dios nos ha elegido para que tengamos la más íntima comunión de amor con Él. Piensa, cómo Él le habló a Su pueblo elegido, Israel, con estas palabras: “...Dios se regocijará por ti como el esposo se regocija por su esposa” (Isaías 62:5). Jesús vino a redimirnos para que pudiéramos cumplir con esta llamada y experimentar la verdad en la Palabra de Dios: “Y te desposaré conmigo para siempre...” (Oseas

2:19). El vino para que el Espíritu de Dios derramara Su amor en nuestros corazones, para que éstos lleguen a ser una llama de amor que deje de lado todo lo demás, para así poder arder sólo para Él.

Considera la “exclusividad” de un amor meramente humano. La joven enfoca toda su vida hacia su amado. Sólo tiene ojos y oídos para él y le entrega todo su corazón. ¡Cuánto más hemos de hacer esto por amor a Jesús! María Magdalena nos ofrece un ejemplo. Ella tuvo un amor sobreabundante por Jesús y antes de que Jesús apareciera en su vida, “amó” a muchos hombres. Sin embargo, después de conocerle, les dio la espalda a todos esos “amores” y entregó su corazón sólo a Jesús.

Las actitudes de ella nos demuestran que este amor la llenó totalmente. Supo que Jesús estaba en casa de Simón y corrió hacia allá. No se detuvo para preguntarse qué dirían los fariseos. ¿Acaso no sabía ella cuán imposible era...que una mujer irrumpiera en una reunión de hombres y más aun de hombres que discutían cuestiones

teológicas? ¿No veía ella la contrariedad de su conducta frente a ellos? Ella, una conocida pecadora, ¿entrando ante la misma presencia de los “Protectores de la Religión y la Moral”? ¿Acaso no presentía las calumnias e injurias que enfrentaría? No, ella amaba de tal forma que nada de esto le importaba. Sólo tenía su pensamiento puesto en Jesús, y todo cuanto había sido de importancia para ella se borró ante Su presencia. Así es como Jesús pudo decir que ella había demostrado que “amó mucho” (Lucas 7:47).

En María Magdalena vemos este ardor del “primer amor”, ese amor que nada ve sino a Jesús y se interesa en Él por encima de todo lo demás, acudiendo a Él presuroso en toda oportunidad. María Magdalena anhela al propio Jesús. Quiere permanecer cerca de Él y estar en Su presencia, contemplando Su rostro, pues es ahí donde se encuentra el amor que perdona. Desea escuchar una palabra de Sus labios que transmita Su amor y Su perdón, no importándole el costo. El amor de Jesús y contar con Su presencia constituyen lo más precioso. No toma

en cuenta las humillaciones que esto le traería y poco le importa perder el resto de respeto que le queda de la gente, o perder el amor de aquellos que antes había amado. Ahora su corazón la conduce a Aquél a quien ella ha elegido como su único amor.

Así es como procedió María Magdalena aquella mañana de Pascua. Ella es la primera en apresurarse para ir al sepulcro, buscando a Jesús. Ningún ángel podía cautivar su alma y deslumbrarla con la belleza y esplendor de su aparición. El ángel no era importante para ella, sólo le interesaba Aquél a quien su alma amaba, su Señor Jesús. Por ello dejó al ángel y preguntó a quien suponía era el jardinero: “¿Dónde le has puesto?” Al no encontrarle en el sepulcro continuó buscando, porque el amor no se detiene, sigue esperando y creyendo, aún cuando toda esperanza y expectativa parecen desvanecerse.

El amor no se detiene. Persigue una única meta: poseer a aquel a quien ama y permanecer con Él, sólo esto puede satisfacer al amor. Comparado con el amado, todo lo demás se

vuelve vacío y de ningún valor. María Magdalena no descansaría hasta poder caer a los pies de Jesús, y cuando Él la llamó por su nombre “María”, el amor que ella sentía le hizo responder: “¡Raboni!”.

El amor a Jesús tiene en sí una calidad de exclusividad, y por esa misma razón contiene un poder liberador. Rompe todo lazo que antes nos haya ligado a personas y cosas. El amor de María Magdalena sólo se enfocaba hacia Jesús. Y porque se entregó a Él enteramente, pudo recibir la plenitud de Su amor. María Magdalena descubrió el secreto: o amas a Jesús totalmente o no le amas en absoluto. Ella había respondido según la Palabra de Dios:

*Oye, hija, y mira, e inclina tu oído;
Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre
Y deseará el rey tu hermosura;
E inclínate a él, porque él es tu señor.*

(Salmo 45:10,11)

Este es el amor nupcial, orientado sólo hacia Jesús, impulsado a olvidar y a dejar todo. Sólo desea que Él se deleite con la belleza de Su

novia, y ésta no puede más que postrarse y adorarle.

Este es el amor que tiene ojos y oídos para Uno sólo y que apresura sus pasos para ir hacia el Amado, además de tener siempre las manos listas para servirle. Su corazón se agita una y otra vez, maravillándose de quien es Él, y sus labios solamente pueden pronunciar palabras dulces y tiernas. Ella es como el autor de himnos que pone en palabras: “*Jesús, el Nombre sobre todo nombre...*” y luego parece no encontrar palabras suficientes para expresar su amor y adoración: “*Jesús, el más grande y amado; fuente del perfecto amor; el más santo, más tierno, más cercano, más puro, más dulce...*”. El amor verdadero sabe encontrar tiernamente nuevos nombres para el Amado. Esto es lo que con frecuencia ha caracterizado la oración de algunos de los grandes hombres y mujeres de Dios quienes han expresado su amor por Jesús a través de las épocas. Previo a su ingreso a la Orden Franciscana, el más tarde Hermano Bernardo oyó a San Francisco orar con ferviente

ardor una sola frase que repetía una y otra vez: “¡*Mi Dios, mi Todo!*”.

Nuestra Hermandad de María atesora especialmente un testimonio de semejante amor por Jesús. Es el testimonio que observamos en la vida del Superintendente Metodista Riedinger, padre espiritual y cofundador de nuestra Hermandad. Los deberes de su oficio eran muchos, viajó frecuentemente a dar charlas y participó en jornadas de evangelización, además de servir como asesor pastoral. Sin embargo, había algo que era siempre de mayor importancia y estaba por encima de todo lo demás: tiempo para orar, tiempo para Jesús.

Cierta vez, cuando su carga de trabajo sobrepasaba los límites, se le oyó decir en una conversación: “¡Pero necesito por lo menos dos horas cada mañana para mi Señor!” Esto significaba que debía levantarse a menudo a las cuatro de la mañana. Su salud física ya no era buena y los difíciles años de postguerra y la constante presión de su trabajo habían traído sus consecuencias. Sin embargo, el centro y

punto de partida de toda su labor, así como el de su vida entera, era su diario “diálogo de amor” con su Señor y Novio (Esposo). Sólo eso le proveía fuerzas para su ministerio.

Los estudios bíblicos que él dirigía sobre “el Amor Nupcial” alcanzaron a muchos. Pero su vida misma era el testimonio decisivo. Su vida de adoración y apasionado deseo de traer todo honor y gloria a Jesús, guió a muchos a una experiencia más profunda en el amor de Jesús. Cuando compartíamos con él un momento de adoración, quedábamos admirados por el fervor de este amor. Parecía no ser suficiente alabar los atributos del Amado, adorarle como el Cordero y Rey, como Sumo Sacerdote y Esposo. Y no pasaría un día en vano en que el Amado esperaría esta adoración. Este amor del Pastor Riedinger, quien quería ver a Jesús glorificado, fue una chispa que ayudó a encender nuestro ministerio de adoración, y preparó el camino para nuestro coro de adoración.

El amor nupcial posee una característica principal: se ocupa exclusivamente de Jesús, y

se encuentra permanentemente disponible para Él, encontrando en Él su todo. Esta calidad de amor da una dirección completamente nueva para nuestras vidas, tomando los más pequeños elementos de ellas y relacionándolos con Jesús.

Recuerdo a una hermosa joven, muy simpática y talentosa. Un joven la amaba, y ella también correspondía a ese amor. Más tarde, ella se encontró con Jesús, quien se presentó como el Novio, reclamando todo su amor. Ella percibió en esto el llamado de entregar totalmente su vida a Él. En las Escrituras encontramos un pasaje que nos señala que algunos son llamados para vivir sólo para “agradar al Señor” y por ello no se casan (1 Corintios 7:32-38).

Ella respondió a este llamado y abandonó todo aquello que llenaba su vida y la hizo feliz. Buscó sólo a Jesús; el ofrecerse en servicio para Él, como una Hermana, se convirtió en el sentido de su vida. Esto la hizo completamente feliz, porque había encontrado su todo en Jesús. Ella irradiaba tanta felicidad que las

personas comentaban entre sí: “Si deseas conocer a una persona realmente feliz, ¡ve a ver a esa Hermana!”.

En los años siguientes, su vida se convirtió en un testimonio que encendió en muchos otros este mismo “primer amor” hacia Jesús, enseñándoles a amarle sobre todo lo demás, de una forma completa, y de cómo amarle trae felicidad y frutos infinitos.

También recuerdo a una diaconisa quien por largos años estuvo enferma. Sin embargo, durante todo el tiempo de su servicio, por décadas, se ofreció para el turno de noche. Este le daba mayor tiempo para estar en oración con su Señor. El amor busca tales oportunidades y ella ha llegado a ser una intercesora ferviente para su Casa Matriz. Las demás no pueden imaginar el lugar sin su presencia y muchas Hermanas se han acercado a ella para recibir consejo espiritual.

Recuerdo a una maestra, para la cual el año escolar había sido muy agotador y anhelaba unas

semanas de descanso y recuperación. Hizo planes para unas vacaciones en las montañas, ansiosa por aspirar aire puro, bajo el tibio sol. Compró su pasaje y todo fue arreglado junto a una amiga que iría con ella. Pero entonces sintió: “Jesús me está aguardando. Él quiere mi tiempo, ¡todo mi tiempo! Y no lo tendré por tantas actividades y encuentros que he planeado...” Y como no quiso que el Señor la esperara en vano, canceló todos sus planes. Permaneció en retiro y entregó a Jesús el dinero destinado a sus vacaciones. Durante esas semanas se sintió más fortalecida y volvió a su trabajo con más dicha que en todas sus vacaciones anteriores.

Este amor, que pone a Jesús por encima de todo lo demás, encuentra muchas oportunidades para ser demostrado en nuestro diario vivir.

Una mujer asistió a uno de nuestros retiros y allí experimentó algo del amor y del dolor del Dios viviente. Movida por esta experiencia, comentó: “Toda la vida sentí una gran intranquilidad mientras limpiaba la casa los

viernes. No me parecía correcto, pero no sabía por qué. Ahora lo veo claro: ese es el día de los padecimientos del Señor. De aquí en adelante, el viernes no será más día de limpieza, sino que será destinado al recogimiento y a la oración, un día para el Señor. La limpieza se dejará para los otros días”.

Estos ejemplos ilustran, en pequeña medida, este amor por Jesús, un amor que sólo lo ve y vive para Él. La característica que nos permite reconocer un amor así, es que es dadivoso, generoso, está preparado a perder y dar hasta lo máspreciado. ¿Podría ser de otro modo? Si comenzamos verdaderamente a amar a Jesús, ¿podemos medir o poner precio al gran amor que Él siente por nosotros? Es un precio de muerte, Su muerte por nosotros, Sus enemigos. Y sólo podemos corresponder a este amor con un amor que está colmando al ser amado.

Nuestro amor a Jesús debe superar todo amor humano, y por eso debe motivarnos a sacrificar y regalarle a Él más de los bienes, dones y tesoros de nuestra vida, que a cualquier otra

persona. Jesús, siendo nuestro Rey y quien nos ama profundamente, tiene todo el derecho a pedir a Sus hijos un amor pleno de devoción y entrega, porque nos ha liberado para poder amar. Un sincero amor por Jesús contiene en su interior un poder, un poder que se desborda de sí mismo, y no puede más que entregarse a Él, sin límites, sin calcular los costos. Los que así aman no pueden imaginar reservarse algo para sí mismos; abandonan libremente sus posesiones, derechos, energía, influencias sobre otras personas, prestigio, amor y todo lo demás . Este amor sólo actúa en una entrega total, aun cuando signifique la vida misma como lo fue para Sus discípulos. Puede significar el mayor tesoro de este mundo, o aún la felicidad misma. Esto no importa, el amor sólo ve a Jesús, y amarle a Él es más que suficiente.

María de Betania, cuando ungió a Jesús anticipadamente para la sepultura, derramó este modo tan particular de amor. ¿Y cómo contestó a esto Jesús? El aceite era costoso y sólo se utilizaba una cantidad muy pequeña por vez,

pero María derramó de una sola vez el frasco entero sobre Él. Los discípulos protestaron ante este desperdicio, pero Jesús no estuvo de acuerdo con ellos. Consideró apropiado que María derramase todo este perfume sobre Él. Alabó lo que ella hizo y aseguró que allí donde se proclamase el Evangelio, en todo el mundo, se recordaría lo que ella hizo (Mateo 26:10-13).

Debemos reconsiderar profundamente el sentido real del “primer amor”, el “amor nupcial” por Jesús. Los discípulos objetaron la expresión extravagante y amorosa de María de Betania. La idea del amor a Jesús que ellos tenían, hasta ahora se mantiene entre los cristianos. Es verdad que los discípulos consideraban correcto que Jesús fuera amado y honrado, pero sostenían el mismo punto de vista básico de Simón el fariseo y sus invitados respecto de la pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas: la devoción debía ser moderada. Criticaron el modo único y generoso de esta expresión de amor, igual como religiosos piadosos a través de los tiempos se han enojado

cada vez que se encontraban frente a tal muestra de amor. Por eso, a los fariseos les hubiera gustado haber echado fuera a la mujer pecadora debido a su comportamiento tosco y desvergonzado, humedeciendo los pies de Jesús con sus lágrimas y luego secándolos con su cabello. Ellos no veían en esta actitud un derramamiento de amor, pero Jesús lo permitió, sintiendo agrado de lo que ella había hecho. Veía en este gesto cuán grande era su amor y sabía que estaba bien.

La actitud generalizada entre nosotros los cristianos es bastante diferente a la de Jesús. Es muy cierto que creemos en Jesús como nuestro Salvador, pero el amor que todo lo sufre, el amor que se da a sí mismo por el Amado, nos falta muchas veces. Incluso tal vez cuando lo vemos en la vida de otra persona, lo encontramos extraño y difícil de entender. Sin embargo, Jesús apreció grandemente ese amor cuando lo encontró en la casa de Simón, el fariseo, y en Betania. Lo encontró precioso. ¿No será acaso

que Él aguarda un amor así de cada uno de nosotros?

María no fue la única que lo dio todo por amor a Jesús. Las Escrituras mencionan a todo un grupo de mujeres sencillas y corrientes que mostraron este amor por Jesús (Lucas 8:2,3) acompañándolo cuando predicaba de pueblo en pueblo. Le ayudaban con sus bienes y no se fijaban en el menosprecio ni la calumnia que esto les traía. Por el amor que sentían por Jesús y por permanecer a Su lado, querían poner a Su disposición todo cuanto tenían.

¿No fue éste un uso extravagante de sus posesiones? ¿No eran responsables ante sus familias por el modo en que gastaban estos bienes y lo que hacían con sus propiedades? ¿Quizás los necesitaban en sus hogares! Quizás, pero sabían esto: que Jesús tiene prioridad sobre nuestros bienes, propiedades. Para Él, todo otro reclamo ha de pasar a segundo lugar. Muchas voces reclaman nuestras energías, dinero, bienes, y talentos, pero cuando es Jesús quien reclama alguna de estas cosas para sí y para su

Reino, entonces debemos atender más a Él que a las peticiones de los hombres. A menos que no estemos causando una grave necesidad para otro.

Jesús se hizo pobre por nosotros (2 Cor. 8:9). Esta fue la medida de Su amor y así Él también espera un amor “que se haga pobre”. ¿Estamos dispuestos, por amor a Jesús, a renunciar a una casa, propiedad, negocio, empleo, seres queridos? Quizás algo más difícil aún: ¿estamos dispuestos a dejar a nuestros semejantes sin nuestra presencia y ayuda? No obstante, aquellos que lo dejan todo por Su causa son los que reciben Su favor especial y por los cuales Él mismo cuida, porque nos dice: “den y se les dará. Una medida llena, apretada, remecida y desbordante...”(Lucas 6:38). Así, también nuestras familias experimentarán la mayor bendición de Jesús cuando actuamos por amor a Él, aun cuando nuestra acción parezca perjudicarles. Porque Jesús es amor, Él tiene que dar y da generosamente a los que le otorgan un amor que

se ofrece libremente y que, por cierto, lo da todo.

Entre mis conocidos existe una mujer que amó de tal manera a Jesús que le dio lo más precioso para ella: alguien no sólo muy cercano sino de quien dependía, pues esta mujer se hallaba inválida a causa de dolencias de gota y reumatismo; a duras penas podía moverse y sólo lo hacía en silla de ruedas. Y ese alguien era su única hija.

En un momento determinado, esta hija recibió un claro llamado de Jesús para ingresar a Su servicio como Hermana. Ella sabía que no podría hacerlo a menos que consiguiera alguien para su madre quien la reemplazara. Sin embargo su madre no pensaba así, pues ponía por encima de todo su amor por Jesús; desde lo más profundo de su corazón, añoraba ofrecerle un sacrificio verdadero. Movida por este amor, la madre pidió a su hija que iniciara este camino de servicio por Jesús, ya que ella estaba absolutamente convencida de que Dios la

cuidaría, cuando entregara su hija para el servicio del Señor.

La hija acudió a la llamada para convertirse en Hermana. Y Dios llegó con Su ayuda, mejorando su estado de salud, aunque la movilidad le era aún difícil. Pero en ese momento su esposo comenzó a apoyar y ayudar a su esposa, dedicándole mucho más tiempo de lo que había hecho anteriormente. A partir de este sacrificio de amor, el amor de Jesús creció en la madre como una llama ardiente, y muchos de los que la visitaban, también eran bendecidos por ella.

Dentro de la obra de nuestra Hermandad de María, también hemos comprobado en muchas personas este amor ferviente amor por Jesús. En realidad, hemos podido mantener nuestro ministerio a través de los años, sólo por las donaciones y sacrificios de muchos amigos. Por amor a Jesús, nos han enviado estas ofrendas para usarlas en el servicio de Su reino.

Es especialmente memorable una experiencia ocurrida unos años atrás; nos visitó una

señora que tenía una casa cuyas habitaciones alquilaba, como único medio de vida. Nos contó que el Señor había puesto en su corazón regalarnos su casa, y deseaba dárnosla como herencia, pero ahora estaba pidiéndonos que comenzáramos de inmediato a utilizar algunos de los cuartos para nuestro trabajo. Los facilitaríamos sin costo alguno, porque sentía esta necesidad de dar aún en vida parte de su casa al Señor Jesús. De este modo pudimos hacer nuestras labores utilizando esas habitaciones.

Pero cuando el amor es fervoroso, siempre desea dar más. Poco tiempo después, nos ofreció el uso de otras habitaciones para finalmente terminar renunciando a su propio cuarto, el más bonito de toda la casa. Se cambió a un cuarto pequeño que prácticamente no había sido utilizado antes, todo por amor a Jesús.

No obstante, su amor no descansaba. Poco después nos comunicó que podíamos tener la casa entera para nuestra obra. Maravilladas y avergonzadas ante un gesto de amor tan grande, nos preguntábamos: “¿Dónde vivirá?”, por los

cual desistimos ante su ofrecimiento. Quedamos grandemente sorprendidas ante su respuesta: “¡Soy criatura del Padre Celestial y Él proveerá por mí todo lo que necesite!”, y por lo visto así sucedió. El Señor le fue proveyendo una y otra vez, de un modo maravilloso. Finalmente su casa fue utilizada para la obra de Jesús por muchos años; más tarde fue ocupada para otro tipo de servicios.

A su vez permanecerá en nuestros recuerdos el dadivoso amor de una humilde anciana costurera. Toda su vida la había vivido pobremente. Luego vendió un pequeño lote de terreno, que había heredado, en mil dólares. En vez de respirar con alivio por no tener que pasar más tantas necesidades, sintió claramente que no debía gastar este dinero en sí misma; por amor a Jesús y con enorme gozo entregó todo el dinero para la construcción de nuestros edificios, para la consagración al servicio del reino de Dios. Siguió viviendo con un mínimo ingreso que no le permitía comodidades o descansos, con sólo los elementos necesarios para vivir. Cierta vez

consiguió ahorrar dinero suficiente para cambiar unas cortinas en su casa, que se hallaban muy desgastadas, pero llegado el momento de renovarlas, no pudo hacerlo. En vez, envió las nuevas cortinas para nuestra casa de retiro “La Alegría de Jesús” y siguió teniendo sus viejas cortinas.

Muchos de los objetos que están en nuestra Casa Matriz y en nuestra casa de retiro tienen en sí una particular belleza. No es que nuestra vajilla o ropa de cama lleven algún escudo famoso o cosa que se le parezca. Sino que gran parte de estas cosas contienen un estampado invisible por un ferviente amor a Jesús.

En una ocasión, una amiga de nuestra Hermandad, leyó un texto bíblico de un devocional por sugerencia de un conocido. Era el texto para la fecha de su cumpleaños. La Escritura decía: “¿Y ahora, ¿quién quiere contribuir voluntariamente haciendo un donativo para el Señor?” (1 Crónicas 29:5). Oró con respecto de lo que había leído y pensó ¿qué podía ella ofrecer al Señor? ¿A qué organización cristiana

podía donar algo? Ella provenía de una familia de nobleza, pero su hacienda ya no producía ingresos. Estaba empleada como asistente social y contaba solamente con ese sueldo. No obstante, quería dar algo a Jesús por amor a Él, y ya había entregado un juego de cubiertos de la familia para uso en nuestra casa de retiro. Luego recordó varios muebles, que había almacenado en el castillo de su familia. Los tenía guardados allí hasta que pudiera encontrar un alojamiento suficientemente amplio para usarlos. Desde niña sentía un gusto especial por los muebles antiguos y ahora sabía que estas piezas de mobiliario debían ser entregadas al Señor. Muy pronto quedaríamos boquiabiertas al ver descargar esos bellísimos muebles antiguos. Y no sólo esto, también había un abrigo de pieles que había pertenecido a la familia, quiso que lo vendiéramos para usar el dinero para la obra del reino de Dios. También había un armario para la lavandería conteniendo cosas muy útiles para nosotras. En el momento en que nos regalaba estos costosos presentes, ella misma estaba viviendo en una simple habitación, humilde-

mente amoblada. Sin embargo, había podido obsequiar a Jesús voluntariamente y en eso residía su felicidad.

Podríamos continuar con un sin fin de ejemplos: personas que ahorraban mucho para adquirir un abrigo para el invierno y luego entregaban la suma íntegra al Señor para Su servicio, sencillamente porque la chispa de amor había inflamado sus corazones; familias que optaban por comidas muy simples los días domingo durante varios meses para regalar, por amor, el dinero ahorrado; o aquellos que se propusieron viajar diariamente por los medios menos costosos para que, con lo ahorrado, pudieran ofrecerlo al Señor.

Este es el “primer amor”, el verdadero amor a Jesús que es a la vez generoso y creativo, y es el amor que Jesús está esperando.

Cuando el amor por Jesús es ferviente, también es “disparatado”. Así debe ser, puesto que este amor se enciende al entrar en contacto con el propio Jesucristo. Y Su amor por nosotros

¡es verdaderamente “disparatado”! Así es que también nosotros hemos de amar locamente, tal como escribiera el apóstol Pablo: *“Nosotros somos tenidos por necios, a causa de Cristo...un espectáculo para el mundo, para los ángeles y los hombres...sufrimos hambre y sed, desnudez, somos abofeteados y vivimos errantes...hemos llegado a ser como la basura del mundo y el desecho de todos”* (1 Corintios 4:10,9,11,13).

El apóstol Pablo pudo haber vivido una vida totalmente distinta al ser un judío piadoso, podía haber llevado una vida tranquila y normal. Pero su amor por Jesús le volvió disparatado y eligió un modo de vida que cualquier persona normalmente evitaría. ¿Por qué motivo? Porque este amor tomó posesión de él y su único pensamiento era: “¿Cómo puedo agradar a Jesús?”. Y así se apresuraba a seguir a Jesús por los caminos y senderos de un amor apasionado, insensato. En nombre de este amor, debió padecer por causa de otras personas, soportando todo con mucha paciencia, llegando a ser pisoteado por los demás. En el corazón del apóstol Pablo se encendía el

primer amor, el amor nupcial, totalmente entregado a Jesús.

El apóstol Pablo nos enseña que este amor ferviente por Jesús puede darse tan plenamente en hombres como en mujeres. Hay muchos ejemplos de ello en la historia de la Iglesia. La propia vida se vuelve una llama y todo cálculo y “sensatez” humana es consumida por este amor que parece tan sin sentido al mundo. No nos extraña que Pablo, al ser interrogado por el gobernador Festo, no sólo dio una clara explicación teológica, sino que cuando habló de Jesús, se pudo sentir algo de este fuego de amor, y Festo le dijo: “¡Estás loco, Pablo!” (Hechos 26:24).

¿Qué poder se encuentra en tal ardiente amor? Sabemos que el amor puramente humano, entre las personas, puede generar un gran poder. Pues ¡cuánto mayor ha de ser el poder de este “*amor disparatado*” por Jesús, puesto que este amor es encendido por Aquel que creó cielos y tierra. Dentro de Su corazón se une todo el ardiente amor de Dios, como llama divina, para Su creación entera, y este amor puede sobrellevarlo

todo. Conocemos, por ejemplo, de mártires muertos en la cruz, quemados vivos, echados a las fieras; y no obstante, tal como lo expresó el escritor de un himno, “oraban por aquellos que les hacían mal”. Estaban, como lo dijera otro escritor de himnos, “ebrios de amor”. Estas personas no tenían una mera idea sobre Jesús, sino llevaban en su corazón al mismo Dios Viviente. El ardor de este amor disparatado era en ellos tan poderoso, que nada podía apagarlo, y sólo un nombre resonaba en sus corazones, el nombre de Jesús. Con el poder de ese nombre cantaban cánticos de alabanza y, como Esteban, se enfrentaban a la aflicción y a la muerte con alegría. El Amor les enseñó a decir:

*Nada de esta vida retengas,
a nada en este mundo temas.*

Éstas eran personas que verdaderamente vivían en el primer amor, el amor nupcial, el cual lleva en sí la característica de ser “disparatado”. Sólo el amor es la clave para entender su comportamiento inexplicable y disparatado, que muchas veces les llevan a

aceptar el sufrimiento, es decir, a lo que por naturaleza el ser humano trata de evitar. Normalmente usamos cualquier medio disponible para mitigar el dolor. Sin embargo, por causa del ser amado es un privilegio para quien ama, ir por la vía del sufrimiento. Este último es tan precioso que anhela mostrar su amor a través de un regalo, entretejido por el sufrimiento y el sacrificio, el cual parece sin sentido para el mundo. El amor verdadero por Jesús siempre se ha caracterizado por lo “disparatado”, siendo un signo de autenticidad hasta el día de hoy.

¿No es absurdo acaso humillarse ante los adversarios? Recordamos, hasta qué punto una compañera de trabajos por el reino de Dios vivió esto por amor de Jesús. Durante su ministerio sufría grandemente por las muchas divisiones en el Cuerpo de Jesús, y padecía junto con Él porque Su última plegaria era tan poco tomada en cuenta por los Suyos e incluso era despreciada y ridiculizada. Por eso, ella deseó mostrar a sus adversarios su disposición a reunirse y buscarles en la unidad del amor, una vía

disparatada que carece de sentido según las normas del mundo. Ellos seguramente sospechaban motivos ocultos. “Aquí un oponente, acercándose hasta nosotros para buscar algún favor. O quizás las cosas no le han salido demasiado bien en su trabajo y está comenzando a sentirse culpable”.

Sí, esto es absurdo, y uno debe considerar de antemano que esa mano extendida, el ofrecimiento de amor, puede ser rechazada. Pero el amor disparatado lo hace, de todos modos, por amor a Jesús, pues anhela ayudar a que Su última plegaria sea cumplida. Este amor sabe que también debe amar a sus enemigos, porque era el camino de Jesús, su Amado, y sólo así El alcanzó la victoria.

Por otra parte, ¿no es absurdo renunciar a una herencia y entregarla para el Reino de Dios? Esto sucedió en la vida de una buena amiga mía. ¿Por qué lo hizo? ¿Quizás no necesitaba su herencia? Todo lo contrario, la había estado esperando ya que tenía una necesidad urgente de ese dinero. Pero uno de los herederos nombrados

en el testamento presentó demandas totalmente injustificadas. Mi amiga nada tuvo que ver en la riña que siguió entre las distintas partes nombradas en el testamento, sin embargo renunció a todos los derechos que tenía sobre herencia. Lo hizo a causa de Jesús, porque Él vino para que pudiéramos convivir en el amor y para poner fin a los odios y rivalidades, y por Su causa, ella estaba preparada a renunciar al dinero que tanto había esperado recibir.

Sí, el amor disparatado es fuerte. Se sobrepone al instinto de autoconservación que está en todos nosotros, para que no me quede atrás o no tenga demasiada carga, o que mi casa o posición no sufra pérdida. Esta actitud causó grandes dificultades en Alemania Occidental durante los años en que tantos refugiados llegaban del Este.

Aun así, en aquella época, una mujer que vivía en Alemania Occidental se preparó espiritualmente para recibir a los refugiados. Por amor a Jesús ella deseaba recibirlos como Jesús mismo lo hubiera hecho, de acuerdo a la Palabra de la Escritura: (Ezequiel 47:22). Como ella y su

esposo ya eran ancianos, realmente necesitaban de cierta paz y tranquilidad, pero cuando una familia de siete personas llegó junto a ellos, la mujer no intentó despedirlos ni pronunció una sola palabra de queja. Al contrario, los recibió con gran amor, ya que ella se regía por la palabra de Ezequiel. Dividió los cuartos de la casa, disponiendo dos habitaciones para ella y su esposo y siete para la otra familia, también hizo lo mismo con la leche ordeñada de la única vaca, la cual era igualmente dividida en las mismas proporciones.

Pero eso no fue todo: lo último de su suministro de harina, carne, conservas, artículos del hogar, vajilla y platos, jabones y limpiadores, ropa de cama, frazadas, todo era dividido en la misma proporción: siete a dos. La familia de refugiados era católica y el matrimonio anciano nunca antes había tenido contacto con personas católicas y se preguntaba cómo resultaría. Sin embargo, Dios bendijo a este intrépido amor y todo funcionó a la perfección. La familia católica asistía temprano por la mañana a Misa, y en su ausencia, la

dueña de casa encendía el fuego y preparaba el desayuno para todos en su cocina. Luego la señora católica preparaba la comida del domingo para el matrimonio evangélico mientras éstos acudían a su iglesia.

El matrimonio anciano era propietario de una pequeña fábrica de calzado, y no sabían qué sería de ella, pues no tenían hijos, pero esto también fue solucionado. El hombre de la familia de refugiados era zapatero, e hicieron un acuerdo mediante el cual el hombre arrendaría la fábrica por un porcentaje estipulado de las ganancias.

El amor entre estas dos familias fue puesto a prueba, pues la esposa del refugiado cayó gravemente enferma y por largo tiempo el peso de cuidar de ella y de los cinco niños recayó sobre la anciana. Cuando la enferma murió, la señora que amaba tanto a Jesús se convirtió en verdadera madre de esta familia adoptiva. Este amor disparatado producía más y más frutos, y su casa era conocida en todo el pueblo como un lugar de paz y bendición.

¡Oh! ¡Que nosotros, los que recibimos el amor disparatado de Jesús sepamos permitir a este mismo disparatado amor crecer en nuestras propias vidas! Aparentemente no tiene sentido y sin embargo posee el más alto significado, pues pertenece a la misma esencia del amor de Dios, que abarca toda sabiduría. El amor disparatado trae consigo bendición y frutos sin fin.

Haz clic en la foto.



¿Que obstaculiza el "primer amor"?



Porque el amor nupcial es algo tan precioso, el enemigo lo envidia y le hace la guerra. Busca de muchos modos obstaculizar su desarrollo, utilizando todas sus artimañas para dividir nuestro amor, de manera que no le demos todo a Jesús. Pero Jesús busca justamente este amor único y total, al cual Él, como Novio, tiene todo el derecho. Una novia, cuando lo es de veras, entrega todo su corazón al novio y sus ojos no se fijan en ningún otro; todo su ser es sólo para Él. Ésta es la clase de amor que Jesús busca de nosotros.

En los Evangelios, las palabras de Jesús son claras y precisas: Si ponemos algún otro amor por encima de nuestro amor por Él, entonces estamos poniendo en peligro Su amor y amistad, pues Él dice: *“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”* (Mateo

10:37). Jesús espera ser amado con un amor total y único, y todo lo demás que pueda ser digno de amarse, empalidece ante la gloria de su Divina Persona. El amor de Jesús no compite con el de otro, porque Él sabe que Su Persona está más allá de toda comparación con las cosas más deseables que pueda ofrecer la tierra, o que Dios mismo haya dado: padre o madre; esposo, esposa, hijo; hermano, hermana o amigo. El hombre sólo es una criatura y es inimaginable que nuestro amor por los hombres esté a la misma altura que nuestro amor por Él, el Señor, Rey y Esposo celestial. ¿Qué son las cosas de este mundo al lado de quien las ha creado?

Esto debiera ser evidente para nosotros, pero Dios conoce nuestro corazón. Él, el gran Dios Trino, tuvo el mismo problema con Su pueblo del Antiguo Testamento, cuando se comportaba como prostituta, y una y otra vez colocaba otras cosas antes que Él, apartándose de Dios y no dándole el amor que Él añoraba. Repetidamente escuchamos el lamento del Señor en el Antiguo Testamento: “*¡Vuestro amor es como nube*

mañanera, como rocío matinal, que pasa!” (Oseas 6:4). Con un corazón angustiado le oímos decir: *“Pues bien, como engaña una mujer a su compañero, así me ha engañado la casa de Israel...”* (Jeremías 3:20).

A la vez, ellos se autoengañaron, pues tenían el templo y sus cultos, oraban y leían la Palabra de Dios, estando plenamente convencidos de que todo estaba en orden. Sin embargo, el profeta Jeremías, como los demás profetas, tuvo que decirles que estaban bajo el juicio de Dios. ¿A causa de qué? Porque no amaban a Dios por encima de todo. ¿Cuál era el significado de “amor” que daban los profetas? Lo que era importante para la persona, aquellos a lo que se da toda su energía y tiempo, lo que llena su corazón, el objeto de sus deseos y búsquedas. Sin embargo, el “amor” de sus corazones se fijaba, en otras cosas y no en Dios, quizás en la familia, casa o propiedad; negocio, trabajo, salud, el propio honor, su pueblo, la acumulación de los bienes del mundo y las ventajas, relaciones con otros pueblos y naciones que podrían

beneficiarles. Pero Dios no podía tolerar semejante deslealtad, Él no permitiría a Su pueblo continuar llamándole su Dios, aprender Sus mandamientos, leer Su palabra y elevar a Él sus súplicas, mientras no se centraran en lo único que realmente importaba: amarle a Él por encima de todo. Por ello es que una y otra vez les proclamaba Su derecho a un único amor, y cuando no le respondían, lamentablemente tuvo que contestar con juicio.

El corazón dividido era el cáncer tanto en la vida del Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, como en la del Pueblo de Dios del Nuevo Testamento. El corazón humano no ha variado o progresado a través de los tiempos, y también nosotros nos engañamos con una supuesta piedad. Por esto, también Jesús se ve obligado a expresarse con palabras serias cuando habla de nuestro amor por Él, y sabe que la mayor batalla que libramos en nuestros corazones proviene precisamente de este punto. Ningún mandamiento es tan violado como el primero: amar a Dios por encima de todo. Las palabras de Jesús fueron

claras y evidentes cuando dijo: “*No podéis servir a Dios y a las riquezas*” (Mateo 6:24). El reclamo que nos hace Dios es absoluto y Él no se contenta con sólo una parte de nuestro amor. Siendo un Dios celoso, nada juzga tan severamente como cuando le servimos con un corazón dividido. Por eso, sólo podemos llegar a un amor verdadero por Jesús cuando cortamos con toda otra atadura que nos liga a un falso amor, sea de personas o cosas.

En vista de este “primer amor”, Jesús nos hace la siguiente pregunta: ¿Eres tú novia o ramera? Pues sólo es posible convertirnos en ramera porque Dios nos ha llamado a ser novia, es decir a amarle. Jesús espera de nosotros un amor de novia, y todo otro amor que tome posesión de nuestro corazón nos lleva al estado de adulterio espiritual; por ejemplo, si los pensamientos y los deseos de nuestro corazón se centran en alguna otra persona, queriendo estar en primer lugar con esa persona y ser amados por ella. Pero no sólo puede ser alguien sino otra cosa la que toma posesión de mi corazón: mis

bienes, salud, trabajo, pasatiempo favorito, básicamente, no hay diferencia.

Dios ordena categóricamente esto: que le amemos “por encima de todo”, y ¡esto quiere decir mucho! ¿Cuál es la señal de un amor que ama por encima de todas las cosas? Que Aquél a quien amo sea lo más importante para mí; me ocupo principalmente de Él, hago y planifico todo para estar cerca Suyo, para que pueda recibir su amor y estar listo para cumplir cada uno de sus deseos que me dice por Su palabra. ¿Constituyen los deseos y mandamientos de Dios una obligación tan grande para mí, que lucharía hasta morir para llevarlos a cabo? ¿Está mi corazón lleno de pensamientos y añoranzas de Él, o está más ocupado con cosas pasajeras? Jesús sabe que cualquier otro amor que ocupe nuestro corazón, tomando la prioridad en Él, va a suprimir el amor que tengamos hacia Él; por eso Él requiere que seamos completamente libres de cualquier obstáculo que nos impida amarle.

Esto no indica que no debamos amar a las personas y a las cosas, es decir, todo cuanto Dios ha creado, sino que la preocupación de Jesús es ésta: que amemos a todo *y a todos en Él*, desde Quien y para Quien todo fue creado, y no como algo independiente de Su Persona. Con respecto a amar de esta forma el apóstol Pablo nos dice: “...*los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran, los que lloran como si no lloraran...*” (1 Corintios 7:29,30). En otras palabras, nuestras relaciones y cosas han de quedar sujetas a Jesús; Él es quien nos da algo o alguien, permitiéndonos amarles en la medida y modo que Él estime conveniente. También significa que nuestro corazón no debe quebrantarse si fuera la voluntad de Dios que debamos desprendernos de alguna persona u objeto; tal circunstancia podría ser extremadamente difícil para nosotros, pero si amamos a Jesús por encima de todo, podremos sobreponernos. Si amamos a personas y cosas de la forma como el apóstol lo dice, entonces no sólo podemos, sino que debemos amarles, pues Dios es Amor, y Su voluntad es que nosotros amemos. Todo cuanto Él ha creado y dado, debe

quedar incluido en nuestro amor por Él, muy especialmente los de nuestra propia familia y parientes, amigos y aquellos que de alguna manera han sido para nuestra bendición.

En este sentido, debemos reconocer un aspecto de nuestro amor hacia los demás. Desde la Caída, el amor humano quedó teñido de impureza y pecado, y mucho de lo que parece amor, es sólo una ansiedad por agradar y satisfacernos. Todas nuestras relaciones con las personas y cosas deben pasar por un examen minucioso si anhelamos llegar a este “primer amor” por Jesús. Hemos de someternos a una plena purificación de nuestras relaciones, de lo contrario se transformarán en barreras que impedirán fluir el verdadero amor a Jesús.

Porque es un proceso doloroso, preferimos evitarlo, y levantamos así una serie de excusas muy elaboradas con razones teológicas, y muy obvias en la experiencia práctica. Por eso, hay pocos padres cristianos que aceptan el reclamo de Jesús a amarle sobre todas las cosas, cuando se trata de entregarle a su propio hijo. ¿Cuál es la

respuesta común de los padres cuando una hija recibe el llamado de ponerse al servicio del Señor, un llamado que implica dejar a padre y madre, hogar, y la posibilidad de casamiento y herencia? Su familia prontamente le reclama sus derechos de amor, increpando hasta con las palabras de la Biblia: “*Honra a tu padre y a tu madre*” (Éxodo 20:12). Satanás aún hoy usa los mismos métodos que utilizó al tentar a Jesús, cuando quiso vencer a Jesús, usando las palabras de la Escritura, pero el espíritu con que las usaba era muy diferente al espíritu de la Palabra. Es verdad que dijo el Señor que “honremos a padre y madre”, pero nunca quiso decir que lo hiciéramos por encima del amor por Él.

La sutileza del Enemigo se acrecienta mucho más cuando intenta obstaculizar nuestro amor por Jesús. ¡A cuántos argumentos y excusas nos arrastra mientras construye su nido en nuestras mentes! “Recuerda el mandamiento de honrar a padre y madre... tienes un deber que cumplir y atender cuestiones de la casa y lo heredado... tú no puedes desilusionar a las personas que depen-

den de ti; eres necesario en tu actual profesión... estás en deuda con tu familia y con aquellos con quienes trabajas...”.

Más, ¡qué alegría es para Jesús cuando encuentra personas que no se detienen ante estos halagos! Personas capaces de abrir sus corazones al amor indiviso que pide Jesús.

Recuerdo a una mujer, ama de casa y madre, que hizo así, y cada semana ofrecía a Jesús un medio día completo, en que se retiraba a orar. Pedía a sus amistades que no la visitaran esa tarde de la semana. Al principio, había objeción especialmente en su familia, pero ella no vacilaba en su propósito. Gradualmente, la familia se acostumbró, y puesto que cuando descubrían cuánta bendición traía para todos ellos estas horas de quietud, la favorecían. Pensaron que cuando alguien les visitaba, ellos le ofrecían su tiempo y quedaban a su disposición, entonces, ¿no debería Jesús tener también derecho a ciertas horas del día?

Representa un signo de peligro en la vida espiritual, cuando nos es difícil decir “no” a las personas, en especial a aquellos a que amamos. Frecuentemente esto es señal de una atadura falsa y sentimentalista. Sean esos lazos obvios o sutiles, siempre se aplica la palabra dicha por Jesús: *“Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo”* (Lucas 14:26). ¡Qué serio es esto! Jesús reconoce como Sus discípulos sólo a aquellos cuyo amor por Él es tan íntegro, que por Su causa lo pondrían a Él por encima de todos, aún a los de su propia sangre.

¿Cómo podemos comprender esta dura palabra de Jesús, que hemos de “aborrecer” a padre y madre, esposo e hijos? Se trata de quién tiene prioridad en nuestros afectos. Si Él nos llama y otras personas, ya fueran nuestros padres o esposo o hijos, quieren obstaculizar que respondamos en amor a Él, entonces en cada caso debemos optar por el amor de Jesús y seguirle. Cuando se superponen dos reclamos, siempre he

de acudir a la llamada, deseo y voluntad de quien más amo.

Vi en la vida de alguien la realidad de las palabras de Jesús que sólo los que lo aman por encima de todo pueden ser Sus discípulos y que sólo aquellos que lo aman de verdad serán, a su vez amados por Él, y a éstos Jesús abrirá Su corazón. Por mucho tiempo esta persona anheló experimentar este gran amor por Jesús, y percibía que algo decisivo le faltaba, sin embargo no podía descubrir la clave. Aunque se esforzaba por lograrlo, nada ayudó. El obstáculo era uno sólo: su corazón estaba atado a una persona, a la que amaba inmensamente. Este amor era lo más importante para él, le ocupaba totalmente, y todo giraba en torno a ese amor, dispuesto a cumplir los más mínimos deseos de esta persona, aunque para esto tuviese que sacrificar todo. Amaba a esta persona “por encima de todo”, aun estando convencido de que Jesús ocupaba el primer lugar en su corazón. Cuando finalmente descubrió la clase de amor que Jesús realmente pide de nosotros, se sintió

muy apesadumbrado. ¿Qué era lo que dominaba a su corazón diariamente? Sus planes, sus deseos, sus actividades no se centran en Jesús sino en esa persona en especial.

Mediante una serie de desilusiones y como una respuesta a la oración, Jesús rompió con esa atadura por el poder de Su sangre, y recién entonces se abrió el camino para ese hombre pudiera crecer en el amor por Jesús, llenando y dando felicidad a su vida.

El camino al “primer amor” está bien señalado y dice así: “Avanza recién cuando hayas dejado de lado el impedimento de un corazón dividido”. Muchos conocieron este amor al principio, pero luego fue cubierto y ahogado por muchos otros amores, los cuales deben ser quitados, para que el “primer amor” reviva. Pero ¿es esto el único obstáculo? ¿Acaso no hay personas cuyo problema y tentación no es un corazón dividido y no obstante no sienten ese “primer amor”?

En verdad, existen muchos obstáculos que impiden que el “primer amor” brote y florezca, o incluso hacen que se pierda. Así un segundo gran obstáculo es nuestro razonamiento no purificado. El enemigo infiltra nuestros pensamientos con la idea de que lo más importante es la fe: “...justificados, pues, por la fe...” (Rom 5:1). Sí, esto es verdad y siempre será, y aun así, la misma Palabra de Dios habla muchas veces del “primer y gran mandamiento”, amar a Dios por encima de todo. Ciertamente es que no podemos amar a Jesús a menos que primero creamos que Él es nuestro Salvador y que ha quitado nuestros pecados, que Él mismo nos justifica ante Dios. Pero hemos llegado a la fe en Jesús con el objetivo de amarle.

La fe como asunto frío del intelecto no es, en sí misma, verdadera fe. Qué equivocación es tener sólo el conocimiento de que Jesús vive, y de que es el Hijo de Dios que cargó con nuestros pecados en la Cruz. Podremos defender esta “fe” con resolución, confesando a Jesucristo cuando se nos cuestiona o persigue por nuestras creen-

cias, así como alguien defiende o inclusive muere por una convicción en particular. No obstante, dentro de todo esto, permanecemos alejados de Jesús. ¿Conocemos el énfasis con que la Escritura nos dice que aquellos que lo aman son los que estarán un día con Él para contemplar Su gloria? A menudo no conocemos bien los versículos bíblicos que hablan de esto, aunque conocemos de memoria todos aquellos que hablan de la fe. Si hemos creído en Jesús, pero no le hemos amado verdaderamente, entonces un día, en Su venida, tendremos que reconocer que estábamos viviendo en un error.

Sólo acerca del “amor” está escrito que nunca deja de ser. La fe llega a su fin, pues entonces allá veremos. La fe es precursora, sólo para la tierra. En los cielos veremos a Dios como es, y la fe ya no será más necesaria. Sólo el amor que ha crecido aquí en la tierra a la sombra de la fe, mientras aguarda con ferviente deseo el día en que estará con el Amado, verá a Jesús, cara a cara, y permanecerá con Él por siempre.

Para robarnos esta gloria, Satanás ha tratado de construir otro nido en nuestra mente, utilizando pensamientos que hacen nacer dudas o menosprecian lo más precioso: el amor nupcial por Jesús. ¡Cuántos se han privado de entregar totalmente su corazón a Jesús, cuando se les catalogó de “místicos”; o bien, que “se trata sólo de un impulso sexual reprimido”. Es verdad que algunos enfermos emocionales pueden abrazar un sentimiento de piedad a sí mismos y quizás llamarlo “amor a Jesús”. Ésta es sólo una de muchas manifestaciones de algunas enfermedades emocionales, pero nada tiene que ver con el genuino amor nupcial por Jesús, ni siquiera debería ser confundido con lo que es el verdadero amor. Cuánto debe afligir a nuestro Señor Jesús, ver cómo se trata a este amor por Él con tan poco sentimiento y comprensión. En cuanto este amor florece en el corazón de alguna persona, los que nada saben de él y por lo tanto desconfían, la llenan de advertencias...y el amor se destruye. *¿No sería mejor que a estos falsos guardianes de nuestras almas se les colgara una piedra de molino alrededor de sus cuellos y se*

les arrojara al mar? Esto dijo Jesús (Marcos 9:42) que sería preferible antes de que fuera escandalizado uno de estos “pequeños” que, con sencillez de corazón, sólo desean amar a su Señor y Salvador con todo su ser, como una novia ama a su novio.

Sin embargo a esas almas a veces se dice: “Eso es sólo un amor humano reprimido. Así se ama a una persona, y porque no tienes forma de expresarlo por ejemplo, en el matrimonio, por lo tanto decides amar a Jesús”. Pero se pasa por alto o se ignora a propósito un hecho histórico real: la Iglesia de Jesús, a través de las épocas ha incluido a hombres y mujeres que conocieron la gracia del “primer amor”, el amor nupcial por Jesús, y no obstante eran casados y bendecidos con hijos, y éste no era un amor reprimido, sino que un amor centrado en Dios, colocándole por encima de todo. Pero, sí, es un amor reprimido cuando no permitimos que crezca el amor personal por Dios, sino que amamos por sobre todas las cosas a alguna otra persona.

El amor nupcial también se da entre dos personas, pero no debe ser confundido con el amor divino. El noviazgo, la paternidad y otros dones que conocemos en la tierra, son sólo un pálido reflejo de lo verdadero, real y eterno de lo que está en lo Alto. Porque existe la paternidad de Dios en los cielos, es que existe esto aquí en la tierra. De Él, el verdadero Padre, deriva toda paternidad. Porque en los cielos hay Tronos y Principados (Colosenses 1:16), existen éstos aquí en la tierra en forma fugaz y pasajera. Y puesto que hay un Novio (Esposo) en el cielo, así es como Jesús se llama (Mateo 9:15; 25:1) y “las Bodas” del Cordero y una Novia (Esposa) (Apocalipsis 19:7), existe por lo tanto en la tierra ese estado nupcial que también sólo es una sombra pasajera de lo verdadero; pues en los cielos no habrá boda ni seremos dados en casamiento. Por lo tanto, nunca el amor por Jesús puede igualarse a ningún amor humano.

Entre los cristianos existe otra confusión con respecto al amor nupcial, por causa de nuestro razonamiento lógico no santificado. Esto es en

cuanto a quién es la “novia o esposa de Jesús” y quién será invitado a las Bodas del Cordero. Muchos cristianos han concluido que la “novia” representa sólo a los judíos, mientras que el Cuerpo de Jesús consiste en creyentes de todas las naciones. Mas, si así fuera, ¿cómo hemos de entender el hecho de que la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, es llamada “la novia (esposa) del Cordero” (Apocalipsis 21:9,10) y también creemos que por la Redención de Jesús llegaremos a ser vencedores que pueden vivir en esta Ciudad? Así pues, los habitantes de la Ciudad de Dios son los que han vivido en el amor nupcial por Jesús, procediendo de Israel, pero también de otras naciones; si no fuera así, no podrían ser una parte de la “novia (esposa) del Cordero”, porque partes representativas componen la totalidad.

Intelectualmente también podrían surgir otra pregunta: las Escrituras siempre hablan de la novia como del Pueblo de Israel, o bien como de la Iglesia en su totalidad, pero nunca como un individuo. A esta pregunta se aplica también la

misma respuesta básica: si la Ciudad Santa es la Novia, significa simplemente que todas las almas en esta Ciudad han vivido, y están viviendo en este estado de amor nupcial por el Cordero, porque cada individuo representa una novia del Cordero.

¿Queremos que Satanás nos engañe y nos robe lo verdadero y real, de un llamado a ser novia de Jesús y un día participar en las Bodas del Cordero? Satanás conoce bien el poder que emana del amor, pues experimentó que el poder del amor le venció a él y al infierno sobre la cruz. Su furia se dirige especialmente en contra del amor; se presenta como un ángel de luz con palabras piadosas, pero con el único objetivo de que no lleguemos al “primer amor”! Sabe que el amor contiene una fuerza tan poderosa que logra hacer lo que alguien por pura obediencia no puede. Ahí donde el fuego de este amor arda, corre peligro el poder y puesto de Satanás, y por ello él se enfurece cada vez que alguien anda por este camino; él usa todos y cualquier medio para que no participemos en este tesoro inapreciable.

Donde haya una persona en este “primer amor” y su lámpara brilla ardientemente, Satanás pone en movimiento sus tretas para apagarlo sutilmente, sin que éste se dé cuenta. Siente envidia de esta íntima relación de amor de los hijos de los hombres con su Señor y Salvador, con su Novio. Él sabe que son los amados de Dios, para quienes Dios tiene preparado Su Reino y Su Trono, los cuales él antes perdió. Pues aquellos que aman a Jesús brillarán en Su Reino como el sol y estarán con Él para siempre, porque le pertenecen. Satanás está celoso de este amor, porque éste es lo que nos une con el Amado. Y en la unidad hay poder. Vemos esto cuando personas se unen en una misma causa: la unión les hace fuertes, pudiendo así levantar una poderosa defensa contra su enemigo. Pero si un ser humano, pobre y pecador se une en amor a Jesucristo, Señor y Rey del mundo entero, forjando una unidad, entonces ¡qué poder fluirá de esa alma! Quién podrá resistirse ante semejante alianza, sí, en esa íntima unión con el Señor, como la de una novia

con su novio. ¡Y este Novio (Esposo) tiene todo el poder, en los cielos y en la tierra!

Satanás sabe exactamente, cuando amamos a Jesús a quién hemos dado nuestro amor y con quién nos hemos unido. Sabe cuán grande e inimaginable es que Dios se una en amor a seres pecadores. Conoce el poder infinito de Dios quien le destruyó. Él sabe de Jesús, el Vencedor quien rompió su poder... por la sangre de Sus heridas. Por eso, él intenta todo para desbaratar esta unión, ya que si no lo hace, entonces habrá perdido todo. El ministerio de tal alma cuenta con el poder del Espíritu Santo. Es como un fósforo encendido que puede incendiar un bosque entero, extendiendo su fuego a muchos otros. Pues el Amor es Vida, y la Vida hace nacer nueva vida. Sin embargo, cuando algo sale sólo desde el intelecto, no puede encender nueva vida.

Satanás nos envidia el poder y la felicidad que encontramos en el amor a Jesús, y porque él fue echado al infierno y oscuridad, quiere llevarnos con él. No soporta que vayamos a

tener otro destino. Por eso él se dedica a robarnos el amor, sabiendo que de esta manera nos hará infelices. El cristiano debe ser capaz de detectar claramente cuando el enemigo antepone este peligro, ya que él “anda alrededor como león rugiente” y busca, aun cuando no puede devorarnos completamente, por lo menos arrancar este amor de nosotros. Así estaremos espiritualmente muertos y separados, aquí y en la eternidad, de Quien es Vida y Amor.

Nada es tan santo, ni tan sensible, ni tan fácil de perder como este “primer amor”, este amor nupcial por Jesús. Cuántas veces advirtió Jesús, “velen”, que encierra el sentido de “vigilar” o “guardar”. Más que todo, debemos velar para que este amor permanezca en nosotros, y por eso debemos reconocer, aborrecer y oponernos a todo cuanto pueda obstaculizar que lo recibamos y mantengamos. No puede ser que no conozcamos este “primer amor”, ni que tengamos que decir: lo conocí al principio cuando encontré a Jesús como mi Salvador. No, *hoy* este primer amor debe llegar a ser nuestro, de lo contrario, la

advertencia de Jesús se hará realidad: Quitaré tu candelero, te apagaré.

Siendo el “primer amor” tan importante para Jesús, ¿no debería serlo también para nosotros? Verdaderamente es el don más precioso que podemos recibir y debiéramos batallar por este amor, perseverar en él a toda costa y dando todo nuestro ser para obtenerlo. *Pues “si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían”* (Cantar de los Cantares 8:7b). Sí, cuanto un hombre pueda poseer es aún un mezquino precio en pago de este amor.

Y cuando lo recibamos, debemos atesorarlo y protegerlo, como nuestra posesión más preciosa y no permitir que ni siquiera una pequeñísima parte de él se pierda.



A mucho perdón, mucho amor



Si este amor por Jesús es tan precioso, santo y poderoso, y si nuestras vidas, aquí y en la eternidad, dependen de él, entonces es muy importante hacernos esta pregunta: ¿qué se necesita para que este amor brote en nuestros corazones? ¿Y cuál es la condición para recibir continuamente el don de este amor, de manera que permanezca, crezca y se fortalezca?

La Palabra de Dios nos da la respuesta: “...a quien se le perdona poco, poco ama” (Lucas 7:47), y dicho positivamente: a quien se le perdona mucho, mucho ama”. Esto dijo Jesús a la pecadora, en Lucas 7, pero lo mismo dijo también a Simón el fariseo. Le dio el ejemplo del prestamista que tenía dos deudores, para luego preguntarle: “¿Cuál de los dos lo amará más?” (Lucas 7:42) y Simón respondió: “Pienso que aquel a quien perdonó más”. Jesús le dijo: “Has juzgado bien” (v.43). Con esto, Jesús está

diciéndonos a todos una verdad básica: el que ama más a Jesús es aquel a quien se le haya perdonado la mayor deuda, ese quien ha recibido el mayor perdón.

¿Es que no sabía Simón el fariseo acerca del perdón de los pecados, no oraba el libro de Salmos, como el 32, “*feliz el que ha sido absuelto de su pecado*” (Salmo 32:1), o el salmo penitencial, Salmo 51? Seguramente que sí, pero aquí se trata, por un lado, de una cierta actitud del corazón respecto a nuestro pecado y, por el otro, el hecho de que nuestro pecado nos es perdonado y la culpa anulada, irrumpiendo en llanto, como lo vemos en la mujer pecadora quien mojó con sus lágrimas los pies de Jesús. Éstas brotaron de un corazón quebrantado. Sin embargo, Simón el fariseo desconocía las lágrimas del arrepentimiento; no se arrojó a los pies de Jesús porque no tenía un corazón quebrantado. Se sentaba frente a Jesús, confiado y altivo, mirando a los demás y a esa mujer, desde arriba. Poniéndose por encima de Jesús,

juzgando con una seguridad propia cuanto Jesús decía y hacía.

Esta es nuestra actitud, cuando a menudo nosotros también cuestionamos a Dios mismo, diciendo que esto o aquello no es correcto, como Él disciplina a personas o naciones, o cuando viene alguna calamidad en la vida de una persona o familia.

Simón, por causa de su vanagloria y autojustificación, no podía llorar por sus pecados. Desconocía el perdón y de ahí que no sabía de este tesoro del cual depende todo: el amor por Jesús. Jesús le habló seriamente: “*Entré en tu casa...*” (v.45) y luego prosigue Jesús con su triple recitado: tú no hiciste esto... y esto..., pero el amor se siente impulsado a hacer este tipo de cosas.

Jesús aquí nos muestra claramente cuál es la raíz principal de la cual debe nacer un amor verdadero por Él: el arrepentimiento y dolor por nuestro pecado y culpa. Cuando alguien reconoce su culpa y sufre por ello, su corazón se

quebranta y ve cuánto daño ha hecho a otros y cuán difícil es borrarlo. Sí, su culpa le pesa y humilla. También es cierto que existen personas que cargan con un gran peso de culpa, y no parece molestarles en absoluto, sacudiendo sus hombros y diciendo: “Después de todo, sólo somos seres humanos y todos fallamos”. Pero tales personas nunca han conocido el dolor y la aflicción del corazón al tomar conciencia de que no se puede pagar o deshacer su culpa.

Jesús quiere llevarnos a esta relación con Él, ya que es el punto de partida de un amor verdadero, y por eso necesitamos como lo más importante: reconocimiento de nuestros pecados, el reconocer prácticamente donde hemos fallado ante nuestro prójimo en la vida diaria con palabras duras de juicio, envidia, celos, infidelidad, calumnias, falta de amor y misericordia. Con estas cosas herimos a nuestro prójimo o destruimos su vida, sin embargo la gran tragedia es que permanecemos ciegos a ello. Creemos en Jesucristo y admitimos que siempre pecamos contra Dios y los hombres,

pero en la práctica, precisamente donde está nuestra culpa, no lo vemos. Pensamos, por el contrario, que lo que hicimos, dijimos, o cómo nos comportamos, ¡no fue tan malo! Pero en cambio vemos claramente las fallas de los demás.

Por eso, si queremos llegar al verdadero amor por Jesús, el primer paso que siempre debemos dar es ir hacia Él con la siguiente petición: Señor, dame ojos para verme a mí mismo y a mi culpa, también oídos para escuchar Tu voz día tras día cuando me dices: “Esto y aquello no has hecho personalmente por Mí, no lo has entregado para mi Reino. Por Mí no has sacrificado nada de los bienes de este mundo, ni has dejado por mi causa a personas a quienes tu corazón estuvo apegado. Y esto no lo has hecho por Mí, porque no lo hiciste por tu prójimo, a través de quien Yo vine a ti”.

Sólo cuando vemos claramente nuestro pecado dentro de un área específica de nuestra vida, entonces esto empezará a inquietarnos y causarnos dolor. ¿No debe Dios escuchar nuestra

oración por contrición y arrepentimiento, pues para Él éste es muy importante y le es una gran alegría cuando pecadores se arrepienten (ver Lucas 15:7)? Así Él nos ayudará y hará que nuestro pecado sea tan doloroso que caeremos llorando a los pies de Jesús, como la pecadora, y cuando hemos cometido algún mal a alguna persona, nos humillaremos ante él, pidiendo perdón.

Por medio del arrepentimiento aún el pecado puede volverse ganancia para nosotros, como una mujer experimentó que durante años mantuvo una íntima amistad con un hombre casado. Ella era cristiana, pero el enemigo la había llevado al engaño de pensar que Dios le había provisto a este hombre. Él era la única persona con quien podía hablar de sus preguntas interiores. Se comprendían como si hubieran sido hechos uno para el otro. El enriqueció su vida interior, por lo tanto, ¿cómo podía verse como pecaminosa esta amistad?

Pero finalmente la luz de Dios le hizo reconocer su gran culpa por haber destruido la felicidad del otro matrimonio. La palabra de

juicio en Mateo 5 habló a su conciencia: aun cuando se mira a otro con deseo, el corazón queda manchado de adulterio. “*Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecado, arráncalo...*” (v.29). Con esto comenzaron las lágrimas de contrición, confesó su pecado y rompió su relación con aquel hombre totalmente. De la gracia del dolor y el arrepentimiento creció un gran amor a Jesús. Tal arrepentimiento es una alegría para Jesús. Pero lo opuesto también es cierto: nada dolió tanto a Jesús como la actitud de los fariseos, la autojustificación y la falta de arrepentimiento. Tenían gran conocimiento acerca de Dios, eran versados en las Escrituras, creían cumplir los mandamientos y servir al prójimo. Eran meticulosos en guardar las horas de oración, y sin embargo, nada conocían del amor de Dios, porque no podían decir con lágrimas y dolor: “¡Dios, sé misericordioso conmigo, que soy un pecador!” Pero quien pueda decir esto de corazón, es aquel que ama a Jesús, pues experimenta que Jesús le perdona y le acerca a Su corazón. Vive lo que experimentó el hijo

pródigo: a pesar de todos los pecados que ha acumulado, su padre le lleva a la mesa del banquete. Frente a tanto amor, él, por gratitud, no puede responder de otra forma que con todo su amor.

Es en verdad una gracia que Dios elija precisamente este punto de partida para renovar “el primer amor”, un corazón quebrantado que se duele por su pecado. Así se establece el amor nupcial genuino, pues en el dolor no existe la decepción. Cuando yo, en el sufrimiento, amo, entonces este amor es verdadero, pues no procede de un mero entusiasmo o sentimiento. El amor por Jesús que no crece sobre esta base, debe ser visto con cierta aprensión, porque fácilmente es imprudente y desaparecerá como el cielo rojizo del amanecer, inclusive puede ofender y causar daño. Pero el corazón compungido del pecador, humillado y postrado, es diferente, no flota en alguna región etérea espiritual, ni se abre a un mero entusiasmo humano. A un alma así, Satanás no puede llevarla a un “amor” emocional que usa frases altisonantes. Pues Satanás,

siendo la arrogancia personificada, no puede humillarse, él huye de la vista del humilde y postrado ante Dios, y a ése, Dios lo levanta y lo lleva a Su corazón. Su Amor siempre se dirige hacia los pecadores a quienes perdona y a la vez el amor en ellos es aún más ardiente porque apenas pueden entender que Jesús les ame a ellos, siendo tan pecadores.

En todas las épocas, aquellos que se vieron claramente como pecadores y lloraron por sus pecados, fueron también quienes más amaron. Lo vemos en las Escrituras, tal es el caso de María Magdalena y del apóstol Pedro. Fue primeramente después de la caída de Pedro, al negar a Jesús y luego llorar su culpa amargamente, que Jesús pudo hacerle la pregunta por su amor y Pedro pudo responder con todo su corazón: *“Tú sabes que te amo”* (Juan 21:15). Ya había nacido un amor genuino por Jesús, que luego se probó cuando Pedro pasó por sufrimientos y aflicciones por amor a Jesús; sí, aún, hasta la muerte. También al apóstol Pablo le fue dada esta gracia, después de su gran pecado de

haber perseguido a los cristianos, por el cual él, una y otra vez durante su vida, se humillaba; llegó a amar a Jesús sobre todas las cosas y a consumirse totalmente para Él. Otro caso de un inmenso amor por Jesús, es el de Francisco de Asís; su amor que hasta hoy nos motiva, sólo vino por el camino del profundo arrepentimiento.

Así podemos entender mejor porque el Señor tiene que guiarnos por duros senderos de corrección, para poder despertar en nosotros el dolor por nuestro pecado y la conversión, y con esto, nuevamente, este “primer amor”. Cierta vez Moisés debió golpear una roca hasta que el agua fluyera: Dios debe golpear con juicios (disciplina) nuestros corazones de piedra hasta que irruman las lágrimas de arrepentimiento y las corrientes de amor por Dios. Él sabe que este verdadero amor nupcial por Jesús no llegará de otra manera, conoce nuestra autojustificación, que no necesita de Él o de Su perdón y, por lo tanto, no le ama. Por ello, Dios en Su amor nos busca, mostrándonos, a través de estos golpes de

juicio, quiénes somos en realidad. Así Él rompe nuestra autosuficiencia y arrogancia piadosa, y nos permite ver nuestras ruinas, convenciéndonos de nuestra condición pecadora. Cuando reconocemos nuestro pecado y nuestra necesidad del perdón de Jesús, entonces somos motivados para ir en Su búsqueda. Y cuando hemos experimentado Su amor misericordioso que perdona, ¿no le amaremos, con una profunda gratitud, y le ofreceremos todo nuestro corazón?

Observé en la vida de una conocida la gran bendición que procede de tales ráfagas de disciplina de Dios, las cuales llevan al arrepentimiento y de ahí, al amor. Algunos años atrás recibí malas noticias que señalaban que ella había resultado seriamente herida en un accidente automovilístico durante un viaje de vacaciones y que se encontraba internada en un hospital en el sur de Alemania, y que su esposo había muerto en el mismo accidente. El suyo había sido un matrimonio perfecto, y en menos de un segundo su esposo le había sido arrebatado, algo imposible de entender para ella.

Le sobrevinieron oleadas de desesperación que inundaron su corazón de oscuridad. El amor de su vida, al cual había amado profundamente, repentina e inexplicablemente, le fue quitado, dejando en su interior vacío y soledad. ¿Cómo soportaría este dolor? Ella no sabía cómo.

Comenzó nuevamente a preguntar acerca de Dios, quien por largos años no había tenido importancia en su vida. Ahora, otra vez, buscó el contacto con creyentes cristianos, y en el curso de los acontecimientos pudo llegar a conocer al Señor Jesús y tener una fe viva. ¡Qué don maravilloso le llegó a través de este golpe amoroso de corrección de Dios! En primer lugar, llegó a reconocer su culpa: en su vida anterior se había cerrado a Jesús. Entonces, al experimentar como Él la perdonaba, consolaba y la atraía hacia Él, un gran amor por Él llenó su corazón. Desde entonces, se convirtió en una persona consolada, que deseaba seguir y amar a Jesús.

El “primer amor” por Jesús constituye la mayor felicidad, la más preciosa bendición que pueda recaer sobre nosotros. Los que quieran

poseerlo han de rendirse ante las correcciones amorosas de Dios. Éstas llegan de diversas maneras: a través de personas y relaciones, a través de todo lo que cruza nuestros deseos, planes y empeño. Ante tales correcciones, debe uno decir: “Me humillo bajo Tu poderosa mano que tiene que disciplinarme por causa de mis pecados”. El Señor aguarda y añora nuestro amor. Cuando en los senderos de disciplina nos humillamos y postramos ante Él como pecadores, ¿no ha de despertar Él en nosotros este “primer amor” y renovarlo una y otra vez?

Así, el camino que nos lleva al gran amor por Jesús es tan sencillo que un niño puede comprenderlo y seguirlo. Sólo tenemos que empezar a decir “Sí” a aquellas cosas que nos son reveladas por los juicios y correcciones de Dios, o los reproches de los hombres. Debemos aceptarlos, sin abatirnos ante ellos o excusarnos. En la vida diaria, cuando aprendemos a admitir nuestros pecados y errores, abrimos el camino para que Dios derrame Su amor en nuestros corazones. Cuando surgen tensiones y divisiones

entre nosotros y los demás, no debemos estar autojustificándonos, señalando que no somos los culpables. Si es así, una cosa es segura: el amor nupcial no crecerá ni permanecerá en nosotros. Pero si honestamente señalamos nuestros pecados, ante Dios y los hombres, Dios no necesitará más señalarnos, y nos dará Su amor. Y este amor que derrama en nuestros corazones, fluirá hacia Él otra vez como el gran amor nupcial por Jesús.



Amor por Jesús, amor fraterno



Cuando alguien experimenta la gracia del amor perdonador de Jesús, su corazón se llena con un sólo deseo: compartir con muchos otros el amor que recibió. Pero ir por el camino de Jesús significa vivir la vida que Jesús vivió, es decir, entregarse en amor por los hermanos.

A Jesús el amor lo llevaba hacia las personas, impulsándolo a dejar la bendita comunión con el Padre en la gloria de los cielos, para compartir la vida con Sus criaturas. Y hacia donde Jesús, quien es nuestra “Cabeza”, fue, también nosotros, siendo Sus “miembros”, debemos sentirnos motivados a ir ahora. Pues el amor por Jesús nos une a Él y a Su Espíritu, y también nos capacita, en Él y con Él, a amar a todos los que le pertenecen: todos aquellos por quienes Él dejó Su vida por amor. Por eso el verdadero amor por Jesús es más que la propia relación personal con

Él, y más que el buen sentimiento que pueda tener una persona. Según la Escritura, es impensable e imposible que quien verdaderamente ame a Jesús, no ame al hermano.

Amar a Jesús es servirle en el hermano, como lo experimentaron los discípulos después de la Pascua, cuando nuevamente encendidos en su amor, ellos recibieron este llamado. “*¡Apacienta mis ovejas*” (Juan 21:15), dijo Jesús al terminar su conversación con Pedro, cuando le preguntó si le amaba. Y así es: cuando alguien ama a Jesús, le sobreviene un ardor que lo impulsa a: amar y amar, como dijo Jesús, “*En esto conocerán todos que son mis discípulos, si tienen amor los unos por los otros*” (Juan 13:35). Jesús elogió a la pecadora con estas palabras: “*... ha demostrado mucho amor*” (Lucas 7:47). Esto se refiere, en primer lugar, al amor por Él, pero va más allá de esto. También se aplica a las relaciones con nuestros semejantes.

Son pocos los que han llegado a un amor por Jesús, así como lo hizo Francisco de Asís. En Jesús él halló al “Novio, al Esposo de su alma”.

En el momento de su conversión, como escribimos antes, se sintió lleno de la “dulzura de Jesús”, y ¿cuál fue el resultado de este gran amor? Una vez que Jesús le tocara, no pudo sino que ir al leproso, besarle con amor y atender sus necesidades. Cuando se ama verdaderamente a Jesús ya no se puede vivir para sí mismo, pues Jesús dijo, “*Si ustedes, me aman, cumplirán mis mandamientos*” (Juan 14:15), y Sus mandamientos están resumidos en una sola frase: “...*ama a tu prójimo como a ti mismo*” (Mateo 22:39).

El amor a Jesús nos libera de nosotros mismos, y a través de los siglos ha estimulado grandes obras de misericordia en la Iglesia Cristiana. De acuerdo a la tradición de la Iglesia, se decía de los primeros cristianos: “*Miren cómo se aman*”. ¡Cuánto fuego de amor ardía en los corazones de Pedro y de Pablo! A pesar de las persecuciones, sostenían que nada les podía impedir hablar en Su Nombre, y el fervor de este amor a Jesús en los primeros cristianos también incluía al hermano: compartían todas las cosas en común (Hechos 2:44-45). El amor por Jesús

continuamente movía a Sus seguidores a nuevos actos de amor por los demás: curar a los enfermos, ayudar a los pobres, acoger a los huérfanos, alimentar a los hambrientos. Esto ha continuado hasta nuestros días como, por ejemplo, en el movimiento de diaconado fundado en Bavaria por Wilhelm Loehe. Cuando se le preguntó el propósito de este movimiento, escribió este lema: *“Serviré al Señor en Sus despreciados y pobres... por gratitud y amor... y si perezco, amándole, Él no permitirá que perezca.”*

El amor por Jesús se manifiesta en el amor por el semejante. Esto es tan natural y tan obvio que las “ovejas” se sorprenden cuando Jesús les habla en la escena del Juicio final en Mateo 25. *“Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber?”* (v.37), ellas le preguntan, y Jesús responde: *“Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”* (v.40). En su amor por Jesús no podían hacer otra cosa, amaban y

servían a sus semejantes, sin darse cuenta de esto.

Amar a Jesús significa compartir Su Naturaleza. Su amor fue y es un amor que se inclina hacia los pobres y humildes, los despreciados y pequeños. A Jesús se le veía a menudo en compañía de los cobradores de impuestos y pecadores; viviendo junto a pescadores simples y sin cultura; se contentaba con las mercaderías y provisiones que las mujeres le daban. ¿Quién es el objeto del divino amor? ¿Hacia quienes se dirige? El amor proveniente de nuestra naturaleza caída busca la compañía, la amistad, el contacto con aquéllos por quienes sentimos un agrado natural. Nuestro amor humano es atraído por el sexo, posición, conocimientos, o habilidades que tiene la otra persona, o nos acercamos a aquellos que nos convienen. Buscamos a los que poseen valiosos dones y talentos, sean éstos del espíritu, de la mente, o físicos. Sin embargo, el apóstol Pablo nos recuerda que Dios eligió lo que es vil y despreciable para el mundo (ver 1 Corintios 1:27,28).

¡Incomprensiblemente, el gran eterno, Dios todopoderoso, elige a los pobres y miserables para tener comunión con Él! Por ello es que Él espera este mismo amor en todos los que Él, por amor, redimió con Su sangre. Su amor está lleno de compasión, bondad y perdón. En los rostros de los Suyos espera también ver este mismo amor compasivo, reflejo de Su propio amor.

¿Cómo reflejamos este amor? ¿Adónde nos dirige? ¿Nos sentimos atraídos hacia los que, desde un punto de vista natural, nos molestan? ¿Nos acercamos a los de opinión, modos de ser y modales vulgares, los de escasos dones, con poca nobleza de alma que no pueden ostentar su origen de nacimiento u honor? Algún día se nos preguntará sobre este amor, y sobre ningún otro; no acerca de un amor que nos encandiló, sino del amor que nos retrató Jesús, el amor que es reflejo del propio amor de Dios. Ante el trono del Juicio de Dios, sólo la imagen de Dios vale, y ésta nos será presentada y seremos medidos según esto.

Parte de Su naturaleza es el amor misericordioso, cuya característica es la de amar al enemigo, porque puede perdonar. “El Amor cubre una multitud de pecados, no tiene en cuenta el mal recibido.” Por esto, cuando alguien defiende sus derechos contra el otro, aún al punto de llevar el caso ante la justicia, ya no refleja a Jesús en Su amor misericordioso. Más bien, es reflejo del infierno, porque Satanás es el acusador, que lleva cuenta de todo en contra nuestro. Pero cuando pertenecemos a Jesús y Su amor nos llena, entonces Satanás pierde su poder y no puede abrir un espacio entre nosotros y nuestro hermano.

¿Y qué más caracteriza el amor de Jesús, y por lo tanto, de aquellos que viven un verdadero amor nupcial por Jesús? Jesús ama a todas las personas y está unido con el Padre, quien “*amó tanto al mundo*” (Juan 3:16). Por eso, aquellos que están en Él, no sólo pueden amar a los hermanos más cercanos o sólo a un cierto grupo, sino que aman a todas las personas, tanto amigos como enemigos. Quien ama a Jesús tiene un corazón

muy amplio pues Su amor incluye a todos, sin hacer acepciones. Su amor no se limita a la comunidad, donde uno se siente en casa, como en su propia familia terrenal o espiritual, en su iglesia, grupo, país, etc. El amor de Jesús no se limita, no cesa, tampoco con los que nos abandonan, nos rechazan, nos responden con ingratitud y maldad. Nunca cesa, aunque deba perdonar “setenta veces siete”.

Sin embargo, este amor que se humilla, perdona y es misericordioso, que todo lo abarca, no es fácil de obtener, y es imposible conseguirlo con nuestras propias fuerzas. Es uno de los aspectos más difíciles de nuestras vidas, donde frecuentemente tropezamos y caemos, no pudiendo perdonar y ser misericordiosos, especialmente con las personas difíciles! A menudo, ¿no estamos al punto de desanimarnos y decir que esto es imposible, y con esto, imposible amar a Jesús verdaderamente?

Qué alegría poder saber que el requerimiento para el sincero amor nupcial por Jesús no es algo que hagamos, sino más bien se trata de un

corazón contrito, que reconoce sus fracasos y pecados. Y un sincero amor por el hermano sólo puede nacer también del mismo modo. Uno ve su falta de amor, siente su culpa, su desamor. Esto le lleva, una y otra vez hacia Jesús, la única fuente de amor. Desde Su Corazón pleno de amor, Jesús envía un amor verdadero por el hermano. Así vamos aprendiendo a amar a Sus criaturas, sin poner límites ni barreras. Sí, recibiremos cada vez más el amor a todo lo que Él ha creado, el universo entero. Una vez más vemos en San Francisco un ejemplo maravilloso; todas las criaturas de Dios quedaron envueltas en su amor. Predicaba a los pájaros, rescataba a un gusano del camino, y no sólo eso: hablaba del “hermano viento” y del “hermano sol”.

El amor de Jesús no terminaba con algunas palabras amistosas y sentimientos afectuosos, sino que se expresaba, humillándose y haciéndose servidor de todos. Se despojaba de todo honor, riqueza y privilegio, y fue obediente hasta la muerte. Estas mismas características marcan

la vida de Sus discípulos que se han llenado con Su amor; no buscan otro derecho que el derecho de sembrar amor. Se someten al otro, son capaces de sacrificar y entregar todo por el otro, porque no buscan mandar sino servir. Este amor por Jesús, que tiene un rasgo especial de estar dispuesto a morir, únicamente puede generar vida. El amor de Jesús por nosotros lo llevó a la muerte, y sin embargo, tal amor ahora enciende en nosotros el verdadero amor nupcial. Cuando la llama de ese amor arde en nuestro interior, nos dispone a morir por nuestros hermanos y podemos repetir con el apóstol Pablo: *“Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús, con gloria eterna”* (2 Timoteo 2:10), sí, con tal de que algunos se salven.

Cuando se ama a Jesús, se crece en el celo por salvar a todos los que Él ama. Este es el impulso que mueve a los misioneros, que proclaman la gloria de Su nombre. Por eso los apóstoles nunca podían parar de hablar del Nombre, en el

que habían encontrado toda salvación y felicidad, y por el cual fueron impulsados a ir a tierras y ciudades distantes, llevando el mensaje a judíos y paganos. El amor nupcial por Jesús guarda el celo de dar a conocer al Amado, quien ha cautivado todo nuestro corazón, y le alaba en Su hermosura, amor y poder para redimir. Uno siente un amor ardiente por los hermanos para compartir con ellos esta preciosa bendición que es el amor a Jesús.

Aquellos que tuvieron un inmenso amor por Jesús han tenido lenguas como una pluma fina y sus palabras penetraban como dardos en el corazón de las personas, encendiendo un amor por quien es su Salvador y felicidad. Todos los verdaderos misioneros han sido embajadores de Su amor, habiendo sido ellos mismos primero cautivados por este amor, y así teniendo que exclamar: “*¿No ardía acaso nuestro corazón mientras nos hablaba...?*” (Lucas 24:32). Llenos de gozo y del Espíritu Santo, testificaron de Aquel que inflamó su corazón: Jesús. Desde este amor fluye un amor por todas Sus criaturas, pero

especialmente por los que están más lejos y sedientos de este amor.

¡Qué poder maravilloso está en este inmenso amor de Jesús, que nos permite ser de bendición para nuestros hermanos! Nos convierte en testigos que poderosamente pueden dar a conocer Su amor, el que nos trajo la salvación y redención, y además nos convierte en personas que juntos con Jesús pueden dar su vida por los hermanos, deseando así imitar a Jesús en todo.



Amor por Jesús, participación



de Sus sufrimientos

Los que aman quieren estar siempre con aquel a quien aman. Por eso, los que aman a Jesús quieren estar a Su lado y acompañarle en Su camino. Y Jesús, por Su parte, quien ama a los que lo aman, quiere tenerles cerca de Él. Por eso dice: *“donde yo estoy, allí también estará mi servidor”* (Juan 12:26). Esto se refiere por un lado, a la eternidad, cuando Jesús dice: *“Padre, quiero que donde yo esté, también estén conmigo aquellos que me has dado, para que vean mi gloria...”* (Juan 17:24). Los que aman a Jesús compartirán con Él en el cielo una vida de gloria, de poder real, de felicidad celestial. Pero, si nuestro amor es auténtico, también estaremos dispuestos a compartir Su vida en la tierra, mientras estemos aquí.

Jesús, una y otra vez, ha llamado a los Suyos a seguir Su camino: *“Pues bien, si yo, que soy su Señor y Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros”* (Juan 13:14), *“el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes, como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido sino para servir”* (ver Mateo 20:26,28). Con tales palabras Él nos llama a acompañarle por el camino de la humildad y despojamiento, y dice más aún: *“al discípulo le basta ser como su maestro... Si al dueño de casa lo llamaron Beelzebú ¡cuánto más a los de su casa!”* (Mateo.10:25). *“Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más grande que su señor. Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes”* (Juan 15:20). *“Ustedes beberán el cáliz que yo beberé y recibirán el mismo bautismo que yo”* (Marcos 10:39).

Por eso, aquí en la tierra, los que siguen a Jesús, lo acompañarán en Sus aflicciones. Aquí en la tierra Jesús cargó con Su cruz, y Su vida se caracterizó por llevarla. Y así llama a Sus discípulos: *“...Carguen con su cruz y síganme”*

(Mateo 16:24). Verdaderamente Él dice: “*El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo*”(Lucas 14:27). De esta forma un discípulo demuestra su amor por Jesús, queriendo estar con Él, acompañarle y seguirle en Su camino. Pero no sólo el amor quiere participar en lo que Jesús sufrió en Su camino sobre la tierra, sino también en aquellos dolores, que sufre hoy el Cristo viviente y eterno.

Cuando una novia ama a su novio, ella lo acompaña por donde él va, aunque sea un camino difícil. No pregunta por anticipado si será duro, o si habrá dificultades, sólo una cosa cuenta: que ella pueda estar con él para compartir su vida. Sí, cuando el amor nos impulsa, queremos compartir aun la parte más dura que deba soportar el ser amado. Es un privilegio el poder compartir hasta la más íntima necesidad del amado, eso constituye un acto muy grande de confianza. Lo atesoramos como algo muy precioso.

El amor conoce sólo un pesar: estar separado del amado. Es el máximo dolor que se

puede sufrir, y si acaso, al compartir la vida del amado, se experimenta algún sufrimiento o necesidad, esto resulta pequeño en comparación con el dolor de quedar apartado del ser amado. Cuando el amor ve al amado sufrir, busca de inmediato el modo de compartir esta aflicción con él. Vemos este tema expresado en la ópera “Fidelio”: el esposo está languideciendo en la prisión y la esposa no descansa hasta que descubre cómo entrar ella misma en la cárcel. Si el amor humano actúa así, ¡cuánto más cuando el amor de los amores, el amor de Jesús, llega a ser todo para nosotros!

El discípulo que ama a Jesús, lo ve como niño en el pesebre pobre y duro de un establo, y luego como el Varón, muriendo en la cruz. ¡Qué pobre, desnudo, indefenso y humillado es su Señor! De pronto se siente incómodo en sus riquezas. Necesita tener “*el mismo sentir como Cristo*” de que el apóstol Pablo nos habla en su epístola a los Filipenses. Jesús se hizo pobre por nosotros; por esta razón, Su discípulo se ve impulsado a

regalar sus bienes terrenales, experimentar algo de la pobreza, para estar más cerca de Jesús.

El discípulo que ama a Jesús, le ve a Él, el Rey de Gloria, el Creador del mundo y de la humanidad, que crece como un desconocido hijo de carpintero y camina por esta tierra como un predicador viajero, sin reconocimiento ni honra, continuamente humillado por los fariseos. Viendo esto, el verdadero discípulo anhela acompañar a Jesús en Su camino y ponerse a Su lado, es decir buscar un lugar, donde no recibirá dentro de su profesión o círculo, el honor, reconocimiento o influencia. En cambio, procura vivir de tal modo que permanezca pobre, desconocido y sin honras.

Sí, el “primer amor” quiere acompañar a Jesús de forma concreta por el camino de pobreza y humillación. Así puede hacer que una persona en el medio de su vida y en la cumbre de su profesión, lo deje todo.

Una vez una maestra escuchó la llamada de Jesús a seguirle en el camino de la pobreza,

humillación, y servicio a los más pobres. Ella era muy respetada en su profesión debido a sus capacidades. Además tendría una muy buena jubilación, y como su salud no era muy buena, dependería de los beneficios del sistema de salud cuando se jubilara. Pero amaba a Jesús y sabía que Él la esperaba para seguir este otro camino. Por eso eligió Su camino, renunció a su puesto y con esto a su jubilación. Ingresó a una hermandad donde no existía seguro médico o jubilación, trabajó en un jardín de niños en un área marginal muy pobre, teniendo muchas veces una tarea muy dura. Por este servicio de amor hacia “los más pobres de los pobres” no recibía recompensa; junto con las demás Hermanas ella debía confiar, con fe en el Señor, por todo cuanto necesitara. No obstante, ella siguió este camino alegremente, en amor por Jesús, y llegó a ser una bendición para muchos.

El camino de Jesús no sólo fue de pobreza y humildad, sino que se convirtió en el camino de Su Pasión. El discípulo que le ama, ve a su Amado coronado de espinas, con una vara en Su

mano, escupido, burlado, denigrado, por eso quiere estar con Él en todo momento, inclusive en éste. El amor nos impulsa a entregarnos voluntariamente a pasar también por caminos en que personas puedan aislarnos, o injuriar y difamar nuestro nombre, por causa de seguir totalmente el camino de Jesús.

El que ama a Jesús lo ve cargando Su cruz hacia el Calvario, y cómo el peso de ella siempre lo hace caer. En aquel entonces sólo uno estuvo con Jesús en Su camino de la cruz: Simón de Cirene y esto sólo porque se lo forzó. Hoy, Jesús aún carga con la cruz del mundo, debe levantar y cargar todas las cruces que Sus discípulos han desechado. El verdadero discípulo ve esto, y su amor por Jesús mueve en él un deseo ardiente de permanecer con Jesús también en esto. “Colócalo sobre mí”, dice, “lo cargaré gustosamente”. Se dobla bajo la carga que Dios pone sobre él y cada día da gracias porque también en esto se le permite estar con Aquél a Quien ama. Sabe cuán íntimamente unido estará a su Señor cuando carga su cruz.

Sin embargo, ¡cuántas veces le negaron a Jesús Sus discípulos este amor que quiere acompañarle a Él en Su camino, tanto ayer como hoy! Es bien cierto que ellos estuvieron caminando con Él durante los años de Su ministerio, habían dejado todo por amor a Él, y compartían con Jesús las dificultades y la pobreza. No obstante, su amor era aún pequeño, todavía no conocían lo verdadero, el amor nupcial, por eso el “quedarse con Él” tuvo un límite cuando vino el tiempo de “sufrir con Él”. Antes de que comenzara Su Pasión, Jesús había dicho: *“Ahí donde Yo esté, también estará mi servidor”*. Pero ¿a cuál de Sus discípulos encontró cuando entró en Sus sufrimientos? En la oscuridad y angustia de Getsemaní ellos le dejaron sólo y durmieron. Cuando Él fue llevado preso, huyeron, y cuando se le presentó atado ante Caifás, no se pudo encontrar ningún discípulo que abiertamente se identificara con Él. Pedro, quien en el patio vio el tribunal de lejos, le negó. En los cinco procesos estuvo Jesús solo ante los jueces. Tampoco estuvo un discípulo a Su lado cuando fue azotado, o coronado de

espinas, o cuando salió llevando Su cruz. Al pie de la Cruz misma, sólo había un discípulo, Juan.

Quizás aquella palabra: *“Ahí donde Yo esté, también estará mi servidor”* fue como un aguijón de acusación que se clavó en sus corazones: ¡No estuvimos contigo en la hora más importante! Y quizás estas palabras les ayudaron a seguir Su camino más adelante. Cuando el arrepentimiento hizo brotar en ellos el verdadero amor, estas palabras serían como recordatorio constante para poder estar en el lugar donde estuviera el Señor, costare lo que costare. Y esto hicieron: anduvieron en las huellas de Su camino de la cruz, en el sufrimiento, la persecución y muerte. Y por lo tanto, en lo alto de los cielos, nuevamente estarán con su Señor a quien amaban con todo el corazón, estarán con Él en Su gloria.

Hoy Jesús busca a aquellos que le amen y no le abandonen como hicieron Sus discípulos cuando comenzó Su Pasión, sino que, en cambio, por amor le sigan hoy en Su camino de la cruz, como lo hicieron Sus discípulos después

de la Resurrección. Sí, aquellos que le amen y sólo esos, anhelarán estar con Él en todo instante y en cada circunstancia, porque no pueden vivir separados de Jesús, incluso si pudieran tener una vida aparentemente feliz, pues Él ha llegado a ser su vida. Los que le aman han aprendido: Donde está nuestro Señor Jesús, hay vida verdadera, hay gozo y felicidad, aún en medio del sufrimiento, porque El mismo es la alegría, la paz y la satisfacción en abundancia.

Los que transitan el camino de la cruz con Jesús saben que, sobre todo, es en el fondo del cáliz del dolor, donde se encuentran las perlas más preciosas, las joyas escondidas que nos llevan a los secretos del amor y corazón de Dios. En el sufrimiento es forjado el verdadero y más profundo amor, el cual nos da la llave para entrar al corazón de Dios. El Espíritu de Dios entonces revelará lo que conmueve el corazón de Dios, Su amor y Su dolor. Él sufre por todas Sus criaturas humanas que no han vuelto a Su corazón. Él sufre por amarles tan profundamente y haber entregado a Jesús a la muerte por ellos, pero Su

amor es poco correspondido, incluso por los Suyos. Sufre por Su amado pueblo escogido, Israel, porque aún no le conocen a través del sacrificio de Su Hijo Único. Sufre por tantas divisiones entre los miembros del Cuerpo de Jesús. Sufre por la forma desmedida en que están creciendo los poderes de las tinieblas y del pecado en la humanidad.

Aquellos que aman a Dios descubrirán que Su dolor se convierte en su propio dolor. Siendo discípulos de Jesús les es permitido compartir el sufrimiento, la preocupación y la carga, de su Maestro; siendo hijos de Dios, también compartirán el dolor del Padre. Estos, al ver sufrir al que aman, desean ayudarle a cargar ese peso de dolor y hacerlo más liviano, así como dijo el apóstol Pablo: “*Ahora me alegro de lo que sufro*” (Colosenses 1:24). ¿Cómo pudo Pablo alegrarse por sufrir? Éste se alegraba por el privilegio que significaba ir por el camino de Jesús, el que estaba señalado por la pobreza, humillación, enemigos, calumnia, y persecución. Él pudo regocijarse en el sufrimiento, porque

estuvo soportándolo por causa de Jesús. Por ello se glorió ante las tribulaciones, como está escrito en Romanos 5:3. Él sabía que a través de estos sufrimientos podía consolar a su Señor en Su dolor por Su iglesia imperfecta e incompleta, sí, ayudar a perfeccionarla y completarla: “...voy completando, en mi propio cuerpo, lo que falta de los sufrimientos de Cristo por la iglesia, que es su cuerpo” (Colosenses 1:24).

¡Qué privilegio ha dado Jesús a Sus discípulos! Un privilegio reservado a los que le aman. ¡Cuánta confianza nos tiene el Señor al abrirnos lo más íntimo de Su corazón! Jesús permite que Sus discípulos, con sus sufrimientos puedan cumplir lo que falta de aflicciones, para que Sus elegidos lleguen a la santidad y la gloria. ¿Puede haber mayor privilegio que ser tomado para “*participar de sus sufrimientos*” (Filipenses 3:10)? ¿No debiera ser éste el más santo ofrecimiento que pudiera llegarle, un precioso tesoro para guardar cuidadosamente y que nunca regalaría? Pocos han hallado este precioso tesoro, a pesar de que la Escritura claramente

nos lo describe de varios modos. Los que aman sinceramente a Jesús desearán fervientemente este tesoro, pues el verdadero amor los llevará al sacrificio, a la compasión y al compartir las preocupaciones y sufrimientos del ser amado.

El amor entre Dios y el hombre permanece envuelto en un misterio, y el sacrificio que brota de este amor parece estar siempre cubierto por un delicado velo. En su carta a los Efesios, Pablo escribe acerca de esta íntima unión y señala que el matrimonio es sólo una sombra de ésta: *“Grande es este misterio, pero lo digo respecto de Cristo y de la iglesia”* (Efesios 5:32). Además habla acerca del *“misterio”* del arrebatamiento (1 Corintios 15:51), el cual también tiene que ver con el amor; pues sólo los que aman a Jesús serán arrebatados, para estar siempre con Él.

Solamente algunos lugares de la Escritura nos hablan de estas cosas. El Apóstol Pablo escribe que fue arrebatado al tercer cielo (2 Corintios 12:2), también como varias veces fue llevado a sufrir para el bien de otras almas (2 Corintios 12:15;

Filipenses 2:17; Colosenses 1:24; 2 Timoteo 2:10). Incluso podemos leer que llevó en su cuerpo las marcas de las heridas de Jesús (Gál. 6:17), porque estuvo tan unido a los sufrimientos de su Señor, que quizás Dios puso sobre él las marcas visibles por causa de todos los dolores sufridos en su alma, espíritu y cuerpo. Como servidor se encontraba verdaderamente en el lugar de su Maestro. Estaba permanentemente con Él en Sus caminos, y testificaba siempre de esto (1 Cor. 4:17)

Pero ¿quién conoce hoy en día algo sobre esta comunión de amor y sufrimiento con Jesús? ¿Quién conoce algo acerca de sufrir en bien de los elegidos de Dios, para que ellos alcancen la felicidad eterna? ¿Quién conoce algo acerca de sufrir por Su Iglesia, para que llegue a su perfección? Sí, ¿quién sufre el dolor por toda la imperfección y la división en la Iglesia de Dios, pudiendo alegrarse cuando por medio de sus sufrimientos algo pueda hacerse para edificarla y restaurarla? Aún no se nos ha puesto ante la gran prueba del sufrimiento. Pero ¿quién entre

nosotros hace uso de las muchas oportunidades que se le presentan diariamente?

En los primeros siglos, este espíritu que lleva a sufrir, vivió en muchos de los discípulos de Jesús, porque el “primer amor” aún ardía vivamente con un poder que los impulsaba a sacrificarse por Jesús y por lo tanto, también por Su Iglesia, Sus elegidos. Estos que Le amaban y lo demostraron sufriendo, llegaron a ser “la semilla” de la Iglesia de Jesucristo. Y en el curso de la historia de ésta, siempre han existido personas que con un amor ardiente siguieron estos caminos de sufrimiento con Jesús, llegando de esta manera a ser portadores de gran bendición para el Cuerpo de Cristo.

Vemos ejemplos semejantes en algunos mártires cristianos durante la revolución rusa, o en tiempos más recientes, como el caso del Pastor Paul Schneider, cuya vida y muerte son testimonio de este amor. El murió en forma terrible en el campo de concentración de Buchenwald, Alemania, por atreverse a defender la verdad de la Palabra de Dios contra los líderes

del Tercer Reich. Nunca desvió en lo más mínimo su camino, lo que hubiera aliviado su situación, sino que sufrió la tortura en las celdas de muerte como si no importara, con tal de poder proclamar la buena nueva del Evangelio a sus compañeros de prisión. El amor hacia Dios crece mediante el sufrimiento; esto nos lo testifican algunas palabras escritas en su diario: “Las horas más oscuras de nuestra vida nos acercan más a Dios, por lo cual Le debemos la mayor gratitud”.

El Señor aguarda hoy un amor fiel y una entrega sincera ante el sufrimiento, especialmente de nosotros, que estamos entrando al final de los tiempos.





La segunda venida de Jesús, tiempo de separación

“**Y**a se acerca el fin de todas las cosas” (1 Pedro 4:7). Nuestra generación puede decir esto de un modo en que las anteriores no podían, pues las señales de los tiempos, que anuncian el principio del fin, y de las cuales Jesús dice que prestáramos atención, se están cumpliendo ante nuestra vista: Israel está volviendo a la tierra de sus padres desde todas las naciones, cumpliéndose esta profecía como una señal del fin (Ezequiel 38:8; 39:28), así también el Evangelio es llevado hasta los rincones más distantes y remotos de la tierra (Mateo 24:14). Además hemos entrado en la era nuclear, y con esto la devastación retratada por “las trompetas de juicio” está a nuestra puerta (Apocalipsis 8 y 9).

Sí, estamos sobre el umbral de la Segunda Venida de Jesús, como está escrito: *“Porque el Señor mismo descenderá de los cielos, con exclamación de mando, con voz de arcángel y con llamada de la trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Después, nosotros, los que todavía vivamos, los que hayamos quedado seremos arrebatados con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre”* (1 Tesalonicenses. 4:16,17).

Pero ¿quiénes subirán hacia el cielo como Jesús lo hizo en Su Ascensión? ¿Quién formará parte de ese grupo de los Suyos que serán arrebatados hacia Él, cuando resuene esa voz de mando que proclama, *“El Esposo viene”*? Sólo aquellos que escuchen la voz, y esto no incluirá a todos los que piensan que son cristianos. ¿Por qué? Porque sólo escuchamos la voz de aquel que verdaderamente conocemos y amamos, especialmente cuando hay muchas otras voces alrededor. Entonces, en medio de todas, el amor detecta la voz del Amado y puede seguirla.

Ese día la voz de Jesús resonará como el rugido de aguas poderosas o como una voz de mando en campo de batalla. Sin embargo, cuán fuertemente resuenan hoy las voces de este mundo, y harán mucho más ruido a medida que nos acerquemos hacia el fin de los tiempos. ¿Quién podrá distinguir la voz de Jesús en medio de tantas otras? Sólo aquellos que le aman, los otros no la percibirán.

Así fue durante los días de Jesús sobre la tierra: Muchos lo vieron pero no le reconocieron, muchos le oyeron pero no recibieron Sus palabras. *“Pero a quienes lo recibieron y creyeron en él, les concedió el privilegio de llegar a ser hijos de Dios”* (Juan 1:12). A éstos recibirá en Su Reino celestial para que estén con Él para siempre, pues los hijos de Dios deben estar con su Padre; y los miembros de Jesús deben estar con su Cabeza. Jesús mismo buscará a los Suyos, sí, Él vendrá sobre las nubes del cielo y los llevará a junto a Él.

Los que aman a Jesús anhelan estar con Él, por siempre y para siempre. La separación trae

dolor a los enamorados, y el amor de Jesús entiende que esta separación es muy difícil. Cuanto más cerca estemos del día de Su Segunda Venida, y con esto, de la Cena de las Bodas del Cordero, tanto más difícil será la espera del amor de Jesús. ¿Acaso el amor no busca la unión con el Amado muy especialmente en tiempos de angustia? En semejantes momentos, desean que el Amado esté lo más cerca posible.

Esto lo observamos en las relaciones humanas. Una novia y su novio pueden perderse entre una multitud por cierto tiempo y nadie se percatará de que se pertenecen, pero en cuanto se origina un incendio o surge un peligro, pronto se nota quienes son los enamorados, enfrentan juntos el riesgo como una sola persona, unidos por la ley del amor. Así será en los últimos tiempos en donde tienen que encontrarse los que se pertenecen según la ley del amor divino. La separación se hará, pues el último tiempo es tiempo de separación, es el tiempo de los grandes juicios. Pero el juicio empieza por la

casa de Dios (1 Pedro 4:17) y separa todo aquello que no pertenece a Su Reino.

Sobre la tierra la noche se hará más oscura, las guerras y los rumores de guerra aumentarán. La injusticia prevalecerá, el “misterio de la iniquidad” se moverá, y “el hijo de perdición”, el Adversario, será lentamente revelado y comenzará a ejercer su poder e influencia (2 Tes. 2:3 ss). Incluso llevará bajo su influencia a una gran parte de creyentes en quienes el amor se ha enfriado, los cuales también han caído bajo el poder de pelear y disputar, de la injusticia y los poderes engañosos de Satanás (Mateo 24). Él los atraerá como un imán, ya que sus corazones le pertenecen; sin embargo, Jesús, como el Esposo, atraerá a todos cuantos lo aman y reflejan Su naturaleza. Sobrevendrá una separación entre los que estuvieron juntos por mucho tiempo, quizás como miembros de una misma congregación o comunidad y que aparentemente vivían preparándose para la Venida del Señor. Sin embargo ese día, dos estarán juntos en el campo; Jesús

tomará a uno, arrebatándolo, pero el otro será dejado (Lucas 17:36). Cada una de las personas, lo quiera o no, lo sepa o no, será atraída hacia uno u otro polo, sea hacia Cristo o hacia el Anticristo.

Qué terrible hecho: Creyentes cristianos, sin darse cuenta, están cayendo bajo la influencia del Anticristo. Y ¿por qué prevalece sobre ellos el príncipe de las tinieblas? Porque no han velado para que esa llama de amor esté ardiendo en ellos. Por esta causa pudo quedar en ellos mucha oscuridad e impureza, y un día estarán en las filas del Anticristo. Estos no vigilaron mientras aún había tiempo para quitar la vieja levadura, han sembrado tibieza y conformidad con el mundo, y ahora cosecharán: el príncipe de este mundo los devorará al levantar su reino en la tierra.

En estos tiempos, anteriores al Anticristo, nuestro amor y devoción a Jesús deben ser totales, prodigando compromiso y sacrificio. Ya no podemos permitir una batalla tibia contra nuestro pecado, ya que los tiempos finales son

épocas de crisis y juicio. Es tiempo de “o bien...o”: o bien somos llevados por Jesús, o quedamos rezagados bajo el reinado del Anticristo. Pues en aquellos días se revelará quién es la cabeza del Reino de Luz y quién del Reino de la Tinieblas: Jesús vendrá sobre las nubes del cielo y Satanás aparecerá sobre la tierra como hombre. Cada uno reunirá a sus huestes para la gran lucha final: Jesús con Sus escogidos, el Anticristo con sus seguidores.

Entonces se sabrá a cuál cabeza los miembros pertenecen. Todo velo será quitado, toda apariencia será expuesta, y la naturaleza de cada persona se revelará. Entonces se descubrirá cómo vivió cada alma de verdad y a quién sirvió en su corazón, no importando a qué denominación o grupo se haya pertenecido. Ahora la única pregunta que surge es: ¿a quién pertenece nuestro corazón y a quién amamos por encima de todo? *“...en su venida ...los que son de Cristo...serán vivificados”* (1 Corintios 15:23,22). Y *“Después, nosotros, los que todavía vivamos, los que hayamos quedado seremos arrebatados*

con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17).

El Señor nos señala que también quedarán expuestos aquellos que se han vestido piadosamente como corderos pero que internamente son lobos feroces: incapaces de perdonar, rebeldes, venenosos, calumniadores, envidiosos. La Escritura dice que ellos no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21). Por eso las puertas se les cerrarán en el momento en que Jesús regrese para llevar a los Suyos a Su reino. También quedarán atrás aquellos que tienen nombre de que viven, y sin embargo están muertos (Apocalipsis 3:1). Pues no solamente son los que guardan el mal en sus corazones los que no heredarán el reino de Dios, sino también está escrito de los miembros muertos y tibios del Cuerpo de Cristo: “...te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16). ¿Por qué? Porque la muerte espiritual es señal de un amor muerto. Donde hay vida, hay amor, pues de acuerdo con lo que la Escritura dice sobre la naturaleza de Dios, la Vida y el Amor tienen el mismo origen: Dios es

Vida, y Dios es Amor. Por eso ellos quedarán atrás, porque al no amar a Jesús, no se prepararon para las Bodas, como lo hace una verdadera novia.

Luego vendrá el gran lamento y llanto de los que fueron dejados, y el clamor desesperado saldrá de las bocas de muchos que conocieron a Jesús: “*¡Demasiado tarde, demasiado tarde! ¡La puerta está cerrada, la puerta está cerrada!*” Muchos creyeron que estarían presentes en la Cena de las Bodas, pero en esa hora, Jesús empleará palabras muy duras: “*No los conozco*”. El reconoce como discípulos Suyos, como Su Novia, sólo a quienes le han amado y por amor han seguido Sus pasos. Éstos no sólo tienen el nombre de que viven, sino llevan en sí mismos la vida y en sus corazones arde el fuego del amor. En eso el Novio los reconoce como los Suyos, porque Él mismo es el Amor eterno y en Su corazón lleva un fuego de amor que, un día, llenará toda la tierra. Así, la Segunda Venida de Jesús es la venida de Su amor como Novio a aquellos que le aman.

Solamente éstos serán llevados a participar de las Bodas del Cordero.

Así, en vista de la Segunda Venida de Jesús, el amor será, sobre todo, lo más importante de nuestra vida de fe. Cuando nos presentemos ante el Señor, entonces, se nos preguntará lo que Jesús preguntó a Simón Pedro: “¿*Me amas?*” y llegará a cumplirse la palabra de Jesús, de que Él se manifiesta a los que le aman, y que aquellos que “*han amado su venida*” (2 Timoteo 4:8b) recibirán una corona en el día de las Bodas del Cordero. Jesús dijo una vez: “*ha amado mucho*”, y en el día de Su Venida, esta alabanza será preciosa y valdrá más que todos los bienes y tesoros de este mundo; pues sólo los que le aman, los que llevan la insignia de la Novia, experimentarán la gracia del arrebatamiento y de la unión con Él. Ningún otro tipo de alma podrá contemplarle cuando venga sobre las nubes del cielo, pues en esa hora se revelará como el Novio a la Novia que le ama, en Su especial y única hermosura, gloria y majestad, que verán sólo aquellos que son invitados a las Fiestas de

la Boda del Cordero y de quienes se puede decir: “*su Novia se ha preparado*” (Apocalipsis 19:7). Estos son los que tienen un ferviente amor por Jesús, pues el verdadero adorno de una novia es su amor.

Porque todo depende de esta hora de preparación, la Escritura nos dice: “*ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*” (Filipenses 2:12), porque sin la santificación “*nadie verá al Señor*” (Hebreos 12:14). Nadie podrá ir a Su encuentro ni contemplar Su rostro sin la santidad, sólo los puros de corazón le verán (Mateo 5:8). La Escritura continúa diciendo: “*todo aquel que tiene esta esperanza en él [la esperanza de verle], se purifica a sí mismo, así como él es puro*” (1 Juan 3:3), para que en el día del arrebatamiento y de la Cena de las Bodas sea santificado y transformado a Su imagen. El amor es el único motivo que impulsa a uno a dejarse ser purificado y lavado. Una novia hace todo cuanto puede para ser semejante a su novio y agradarle, porque lo ama. ¿Acaso una novia de

Dios no ha de ser la primera en actuar de esta manera?

Así una verdadera novia lucha en fe contra el pecado, hasta el final, tomando en serio la llamada de su Novio: *“Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos [la Venida del Esposo] está cerca”*. Por amor a Él, ella quiere estar preparada para recibirle, cueste lo que cueste; persigue esta meta celosamente, tal como el apóstol Pablo lo hizo por aquellos que le fueron confiados: *“Estoy celoso de ustedes con celo divino; porque los tengo prometidos a un sólo esposo, a Cristo, para poder presentarlos a él como una virgen pura”* (2 Corintios 11:2). La novia vive con esta esperanza de verle y estar unida con Él en las Bodas, por eso su amor a Él no le permite mantener ningún defecto que pueda desfigurar su persona, porque ella quiere deleitar los ojos de su Novio, Quien querrá *“para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada”* (Efesios 5:27). El anhelo mayor de la novia es para escucharle decir algún día estas palabras:

*“Eres toda hermosa, amada mía,
y no tienes ningún defecto.”*

(Cantar de los Cantares 4:7)

Ella sabe que cuanto más complace al Novio es cuando se viste de humildad, porque el Señor, según Su Palabra, se complace en habitar en corazones humildes. Por eso, ella se somete a todas las disciplinas que puedan transformarla a la imagen de Jesús, sabiendo que hemos de ser disciplinados para participar de Su santidad.

Así el amor se apresura hacia esta meta final: la unión con el Señor, el arrebatamiento o la primera resurrección, el contemplar el Rostro mismo del Único Santo, el Hijo de Dios. Sin embargo ¿quién podrá soportar esto?, siendo que los ojos de Jesús son como llama de fuego (Apocalipsis 1:14) y la luz que irradia Su rostro tan sumamente potente que ningún alma atada al pecado y a las tinieblas será capaz de soportarla, sino clamará de terror a las montañas y a las rocas: *“¡Caigan sobre nosotros y escóndannos del rostro del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero!”* (Apocalipsis 6:16). La hora del

encuentro con Jesús será muy decisiva: los que se transformaron a Su imagen, se unirán con Él y aquellos que no llevan Su imagen, serán lanzados de Su presencia. Por ello, Jesús nos dice con tanta urgencia y seriedad en vista de la hora de Su Venida: *“Por lo tanto, manténganse siempre atentos, y oren para que se les considere dignos ... de presentarse ante el Hijo del Hombre”* (Lucas 21:36).

La puerta a los Cielos se abrirá para celebrar la Cena de las Bodas, para los que le aman, que están velando y preparados. El Amor es la llave que abrirá esta puerta. ¿Poseemos esta llave hoy, en estos días en que la Venida del Señor Jesús está tan cerca? Desconocemos el día y la hora, pero sabemos que está pronta. Los vigías en las murallas de la Ciudad de Dios están tocando sus trompetas, y el llamado resuena: *“¡Prepárense, viene el Novio, el Rey!”* ¿Quién podrá salir a Su encuentro y contemplar Su rostro? ¿Quién permanecerá con Él por siempre? El alma que ama. Ella lo busca a Él fervientemente, sabiendo aún que Su santidad podría consumirlo total-

mente. Pero el amor divino no puede rechazar al que se acerca con amor, por eso Jesús abrirá la puerta a Su Novia enamorada, para que pueda entrar y celebrar con Él las Bodas.



La meta final del amor, las Bodas del Cordero



La palabra de Dios dice, “*Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero*” (Apocalipsis 19:9). Dichosos serán, pues es inimaginable e inexpresable lo que este día les traerá cuando puedan entrar por la puerta a la sala de las Bodas. Todo el gozo y deleite de esta tierra no pueden compararse con “las Bodas del Cordero”, es la gran fiesta del amor. El Rey de los cielos y del universo ofrece una fiesta, Su propia fiesta de Bodas, junto a la Novia. Ésta será una fiesta de realeza, celestial, digna de Aquel que la ha preparado sin escatimar nada.

¡Cómo se apresurarán los ángeles que Lo sirven a preparar el Banquete de Bodas! ¡Miríadas de ángeles, diez mil veces diez mil! Ellos siendo, “*espíritus al servicio de Dios,*

enviados en ayuda de los que van a heredar la salvación” (Hebreos 1:14) han de estar muy activos para preparar y engalanar con hermosura celestial a la mesa para el Banquete de Bodas. Sí, si los ángeles han servido a los fieles aquí sobre la tierra, ¡cuánto más ahora los servirán por la eternidad, cuando entren como reyes al Reino del Padre! Los coros de serafines y querubines cantarán sus más bellos cantos, alabando a Jesús por la novia, con incomparable hermosura, quien se sentará a Su lado. Pues la sangre del Cordero habrá transformado a pecadores en una Novia, que lleva Sus rasgos y pueda sentarse junto a Él en Su trono (Apocalipsis 1:5-6; 3:21; Efesios 5:25-27). Innumerables coros de ángeles danzarán alrededor del Rey y Su Novia en el Banquete de las Bodas del Cordero; todo el cielo prorrumpirá en cantos y regocijo, melodías de arpas y una alabanza sin fin. La Novia será llevada a participar en el regocijo de todo el cielo... entrará a la esplendorosa y hermosa sala del Banquete de Bodas, donde luces que no son de esta tierra brillarán en magnificencia celestial.

Aún en medio de esta gloria, la Novia enamorada estará como en un sueño, teniendo ojos sólo para Él, para quien ama su alma, “*el Cordero que está en medio del trono*”, su Novio. Entre todo el júbilo de las voces de los ángeles, ella sólo escuchará una voz, la voz del Rey de reyes, con quien ahora puede estar para siempre, contemplándole cara a cara. Sin velo, toda Su gloria le es ahora revelada, haciendo que todo el esplendor de cielos y querubines sea una mera sombra. Aunque diez mil veces diez mil ángeles irradian su esplendor en el cielo y un ángel solo puede iluminar la tierra con su resplandor (Apocalipsis 18:1), aún esta luz angelical es como nada cuando aparece Él, quien llena los cielos con Su esplendor, brillando con más intensidad que muchos soles: ¡Jesús! Por eso está escrito: “*La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, para que resplandezcan en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara*” (Apocalipsis 21:23).

Verdaderamente la luz y gloria de la presencia de Jesús se extienden por todos los cielos, y

bañan todo con esplendor y hermosura. Sean los ángeles, los redimidos o la Ciudad de Oro en su brillo y esplendor, todo es mero reflejo de Uno: Jesús, cuyo amor e inefable hermosura presta fulgor celestial a todo cuanto existe en el cielo. Esto no puede ser de otra forma: todo ahora brilla con un esplendor maravilloso, puesto que todo vive en directo contacto con Él y bajo Su dominio, aquí nada puede detener Su influencia. Sobre la tierra Él tuvo que atravesar muchas capas de pecado y el poder del enemigo. Pero aquí, el poder del amor de Jesús puede irradiar y producir su pleno efecto, por eso en los cielos hay una verdadera claridad celestial: el oro de las calles, las paredes de jaspe, el arroyo semejante al cristal, todo claro y transparente. En la Ciudad de Dios todo es como una “fuente” de la cual brota el amor, hasta cada árbol o cada flor, que fueron individualmente creados para recibir el esplendor y la belleza de Jesús e irradiarlo de muchas formas. Es verdaderamente una “Ciudad de Jesús”, la Nueva Jerusalén, donde cada alma vive bajo Su resplandor.

Cuando la Novia (Esposa) pueda ver al Rey en Su hermosura, le dirá, aunque ciertamente de muy diferente modo que en la tierra: “*Eres el más hermoso de los hijos del hombre; la gracia se ha derramado en tus labios*” (Salmo 45:2). Tal vez seguirá un diálogo tal como el que se anticipa en el Cantar de Cantares, cuando el novio (esposo) se dirige a la novia (esposa) con gran amor y felicidad: “*¡Cuán dulce es tu amor, oh hermana y novia mía!*” (Cantares 4:10a). Y la novia responderá: “*Mi amado sobresale entre diez mil, así es mi amigo*” (Cantares 5:10,16). Sí, habrá un íntimo diálogo entre Novia y Novio, pues el amor responde al amor, deseando expresarse tanto en palabras como en hechos.

Y ante la mirada majestuosa, profunda, y divina del Novio, su Señor, la Novia sólo podrá postrarse a Sus pies y adorarle. Sin embargo, Él la levantará y la sentará a Su derecha; ella es Su Novia, de la cual está escrito: “*Está la reina a tu diestra con oro de Ofir*” (Salmo 45:9b). En los fuegos de la tribulación se han probado su fe y su amor. Ahora ella irradia el esplendor y belleza

celestial. ¿Quién podría reconocer a la pecadora que ahora es Su Novia? Está ahora vestida de realeza, con lino blanco, coronada con la corona de justicia (2 Timoteo 4:8), para así poder sentarse al lado del Rey de reyes y celebrar con Él las Bodas.

Ahora ella lleva la corona, cuya gloria corresponde a las humillaciones y vergüenza que soportó con paciencia, humildad y amor por causa de Su Nombre. Será adornada gloriosamente (Isaías 54:11) como una Novia digna del Rey, a cuyos pies yace el universo. En la medida en que por amor a Jesús y con Él, ella andaba en esta tierra Sus caminos de pobreza, humildad, obediencia y de la cruz, puede ella ahora irradiar Su gloria (1 Pedro 4:13). ¡Qué belleza incomparable y qué realeza llevará la Novia del Señor de la tierra, del Rey de todos los reyes!

Sin embargo, ella lleva su corona sólo porque Jesús la ganó para ella a través de Sus sufrimientos. Por ello, la Novia se quitará su corona una y otra vez, ya que su amor le impulsa a dar todo el amor, honor y gratitud a Aquel que tanto la amó

y la redimió; se realizará de esta manera una especie de juego santo en el cielo. ¿Podría ser de otro modo donde reina el amor? Coronas serán colocadas por el Señor, y, sin embargo, por amor serán quitadas nuevamente para colocarlas ante Él! Como una competición de amor: el Rey y Novio quiere honrar a Su Novia y servirle en el banquete celestial (Lucas 12:37), y la Novia resplandece de reverente amor por su Rey, Salvador y Novio. Ahora es ella quien desea rendirle honores, colocando su corona a Sus pies y cantando himnos de amor y adoración (Apocalipsis 4:10).

Las huestes celestiales regocijarán al ver la humildad y el amor de su Creador, que recogerá Su túnica y servirá a Su Novia sentada a la mesa en la sala celestial. Se alegrarán por la coronación de aquellos que eran pecadores y que ahora están tan ricamente engalanados por la Gracia de Dios, pues está escrito que los cristianos juzgarán a los ángeles (1 Corintios 6:3).

Esta vida en el trono, que comienza con las nupcias, es en verdad la “vida eterna”, una vida

que abraza todo en una santa plenitud: de regocijo y canto, de amar y ser amado, descansando en Él y gobernando con Él “sobre las naciones” (Apocalipsis 2:26,27), recibiendo y dando honor. Esta vida eterna incluye todo: un actuar en la plenitud y profundo descanso; la sublimidad más alta y la humildad más profunda; grandes expresiones de alegría y momentos quietos de amor al lado de Su corazón; ciudadanía en el hermoso hogar celestial de la Ciudad de Dios y, a la vez, santo servicio por Él (Apocalipsis 22:3) en las incontables salas de los Cielos, que el Apóstol Pablo señaló estar en tres grandes niveles. Sí, celebrando sin fin en el Banquete celestial de las Bodas del Cordero, y trabajando y sirviendo en Su Reino, esto es tener vida, la “vida eterna”, que contiene riqueza, variedad y diversidad incomparables. Aquí también reina la armonía, sin ninguna contradicción o carga, porque esta vida proviene de Dios, quien es amor. En la “Ciudad de la Paz”, que es lo que significa “Jerusalén”, gobernada por el Príncipe de la Paz, sólo habrá una vida de paz y de alegría.

¿Qué es lo que Dios ha preparado para los que le aman? Una gloria indescriptible, que halla su cumplimiento más alto en las Bodas del Cordero. Por eso, las aflicciones y disciplinas que fueron una necesaria preparación durante nuestra vida terrena, no son comparables de ninguna manera con la alta meta que se nos presenta. Aún en la tierra la celebración de la boda es un momento cumbre para una persona, siendo, sin embargo, esta última apenas una mera sombra de la verdadera boda que se celebrará en los cielos. Aquí, todo está teñido del pecado y la imperfección terrenal, pero allá, la boda se celebrará sin ningún sufrimiento, pecado, desarmonía o amenaza de infidelidad o muerte, entre Jesús, el Rey y Novio, con Su Novia, la Iglesia de amor. El término “Novia” es pues, la Iglesia, y ella estará constituida por almas de todas las denominaciones, grupos y naciones, que vivieron en un amor íntegro por Jesús y por todos los hermanos en Cristo. Entonces todos esos podrán sentarse juntos en la mesa nupcial, unidos en amor con Su Señor y

Esposo, siendo “un rebaño”, la “novia”, “Su esposa”.



¿Quién pudiera describir la gloria de este Banquete de Bodas? Es un día de gozo para Jesús y todo el cielo. Esto podemos oír en el grito de júbilo que resonará por el cielo con la llegada de este Día: “¡Aleluya! Porque el Señor, nuestro Dios, el Todopoderoso, ha establecido su Reino. Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque han llegado las bodas del Cordero: su esposa ya se ha preparado” (Apoc. 19:6,7).

¡Qué alegría para el Padre al ver el fruto de los sufrimientos de Su Hijo! La Novia, un grupo de pecadores y ahora, sin embargo, conformada a imagen del Hijo mediante Su sacrificio de muerte. ¡Qué gozo para el Hijo, que ahora puede presentar a Su Novia ante el Padre! En ella Jesús ha alcanzado Su propósito por el cual entregó Su vida a la muerte, eso es, liberar a las almas del poder del pecado, para que pudieran, una vez más, reflejar la gloria del Creador. Dice la Biblia que los árboles batirán palmas en alabanza a Dios cuando Su pueblo quede libre (Isaías 55:12). ¡Cuánto más, todas las criaturas de Dios allá en el cielo, se unirán a tan magnánima celebración! Sonarán cánticos de alegría celestial, todo el cielo romperá en danzas y cantos, inclinándose y postrándose ante Aquel, que ha hecho posible este día. Él, quien es la fuente de toda hermosura, el adorno del mismo cielo, el gozo del Padre y de la Novia, el amor de todos amores, que aún lleva las marcas de Sus heridas, señales de Su amor por nosotros y de Su sufrimiento, por el cual Él nos redimió. Al contemplarle, ¿cómo no dejarán de inclinarse y

postrarse a Sus pies en adoración y reverencia sin fin?

Éste es el milagro del amor sufriente de Jesús, que ahora ha ganado la victoria, pudiendo transformar el odio de los hombres en amor, creando un reino de amor. Su amor ha vencido, de esto nos habla las Bodas del Cordero. A este Amor, que se sometió a la muerte por nosotros, le fue dado todo poder y autoridad, y mantiene también la victoria sobre un mundo de odio. Y esa victoria comienza con las “primicias”, los que llegaron a ser Su Novia.

Todo el cielo vive anticipándose a las Bodas del Cordero, cuando finalmente, después de miles de años, la Iglesia, Su cuerpo, Su “Esposa”, se haya completado en número y regrese a su patria celestial. ¡Qué maravilloso día para cielos y tierra! Pues cuando lleguen las primicias de los redimidos (Romanos 8:23; Apocalipsis 20:6), seguirán los otros grupos. La victoria del amor se extenderá todavía más, como leemos en Apocalipsis 22, que también se sanarán las naciones que comerán del árbol de la

vida. Por eso, no sólo la creación todavía no redimida (Romanos 8:19-22), sino también las naciones, la humanidad, estará esperando el regreso de las primicias, y con esto, las Bodas. Con las Bodas del Cordero sucederá la unión de amor más profunda entre Dios y los hombres. ¿No hemos de esperar, acaso, que la llama de este ferviente amor se extienda hacia todo el universo? Sí, las Bodas del Cordero marcarán el amanecer de una nueva era en el reino de Dios: pues *“el Señor, Dios todopoderoso ha tomado Su gran poder y ha comenzado a reinar”* (Apocalipsis 11:17). Entonces, después del Reino de mil años, descenderá a la tierra la Nueva Jerusalén, que es Su novia preparada, y llenará la tierra de su esplendor. Entonces habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, donde Dios habitará en medio, y Él gobernará en gran gloria, junto a esta hueste, invitada a las Bodas del Cordero.

Por esto, Jesús está anhelando la llegada de las primicias, pues antes de que ellos vengán y hayan tenido lugar las Bodas del Cordero, los

demás no podrán participar en la Redención, ni Él podrá establecer Su reinado. ¿Verdaderamente podemos entender cuánto Dios espera y añora las bodas de Su Hijo o cuánto espera Jesús? Es la ansiosa espera del amor que casi no puede aguardar el unirse al amado; que quiere ayudar y traer salvación a todos los hombres para que vuelvan al hogar del Padre. Como el padre en la parábola del hijo pródigo, que con gran deseo mira por su hijo, y como un novio aguarda con gran anhelo el día de su boda, así también lo hace el Amor Eterno, el Esposo Jesús, por el Día de Su Boda.

¿No debieran las Bodas del Cordero ser también el motivo principal de nuestros esfuerzos y anhelos? Nuestro amor por Jesús debiera hacernos exclamar: “*¡Oh, ven pronto, Señor Jesús! ¡Haz llegar ese Día, para que triunfe Tu amor y sea completada Tu alegría!*” ¿No podemos percibir cómo el cielo ya se está preparando para aquél día? ¡Éste está cerca!

¡Dichoso aquel que pueda permanecer ante el Señor en ese día, por haber vivido en el “primer

amor” a Jesús. ¡Felices aquellos a quienes el amor preparó para participar del Banquete Nupcial por el poder de Su Redención. Las palabras “alegría” y “deleite” son demasiado pobres para describir lo que estas almas han de experimentar. Una gloria indescriptible les envolverá y “les das a beber del torrente de tus delicias” (Salmos 36:8).

Sí, estarán con Él por siempre. Por toda la eternidad se deleitarán con esta inefable gloria, viendo Su Rostro y saciándose de Su presencia (Salmo 17:15), de Aquel que es el más hermoso en cielos y tierra, nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que espera a

*aquellos que
Le aman.*

Te amo, Señor

Haz clic sobre la canción para escucharla

Te amo, Señor, eres el más hermoso,
que en mi interior Tú vivas es mi gozo.
¡Te amo, Señor! Siempre en mi corazón
ven a reinar, oh Cordero de Dios,
¡ven a reinar!

Te amo, Señor, Tu vida entregaste
en una cruz, por ella me salvaste.
¡Oh mi Jesús, sé mi Dueño y Señor!
No hay don mayor que el pago
de Tu amor por mí, Señor.

Te amo, Señor, escucha las canciones
del corazón que a Ti sus devociones,
a Ti, mi Rey, te ofrece en humildad.
¡Tuyo es Señor, por la eternidad,
tuyo es Señor.

Pronto he de ver, Tu rostro incomparable,
lleno de luz y gracia admirable,
y brotará cual manantial mi amor
en gratitud y en adoración, mi Salvador.

Oración por el “primer amor”

Mi Señor Jesús,

necesito el “primer amor”, aquel que tuvieron los primeros cristianos. De otra forma no seré capaz de soportar los sufrimientos que están por venir, tales como jamás el mundo nunca ha visto. Por favor, dame este amor que es más fuerte que cualquier aflicción y aun que la misma muerte. Concédeme este amor, que ningún fuego pueda consumir, para que no te niegue en la hora de la persecución y prueba, sino que permanezca fiel a Ti hasta el final.

Sobre todo, dame arrepentimiento por todas las ocasiones en que mi amor por Ti fue tibio y dividido, cuando mi amor por Ti no estuvo en primer lugar y por encima de todo, y cuando no te amé con todas mis fuerzas y total devoción, como Tú me pediste. Dame lágrimas de contrición, de las cuales nace el amor por Ti.

Quiero renunciar a toda falsa atadura que está estorbando, debilitando o quebrantando mi relación de amor contigo; como el estar atado a mi yo, a mi familia, a alguna otra persona en particular, a mi trabajo, prestigio o posesiones. Renuncio a cada estilo de vida y comportamiento que esté en desacuerdo con los mandamientos de Dios y resulte ofensivo y deshonesto para Ti. Dame la fuerza para romper con todo esto de manera que pueda reclamar tu redención, y así mi corazón quede libre para amarte. De ahora en adelante no deseo más que vivir para Ti, y no para mí o mis deseos y voluntad. De ahora en adelante estoy dispuesto a sufrir por Ti.

Mi Señor Jesús, oh Cordero de Dios, llena mi corazón de amor por Ti, para que pueda seguirte como pequeño cordero, en medio de aflicción y muerte, sufriendo por amor y gratitud ante tus sufrimientos agonizantes y muerte tan amarga. Creo que Tú me darás este fuerte y ardiente amor a través del poder de Tu sangre. Amén.

Libros complementarios de la misma autora

MI TODO PARA ÉL 208 p.

“La Madre Basilea no sólo escribe acerca de su amor profundo hacia el Señor. También nos señala el camino para llegar a experimentar ese amor. Aquí está descrita una imitación de Cristo real, viva, que exige todo.”

ENCONTRÉ LA LLAVE AL CORAZÓN DE DIOS. Autobiografía

Es un testimonio de una conversión radical, el discipulado incondicional, y el amor ardiente por Jesús. *“En estas páginas encontré a Jesús, el Dios vivo, y no teorías. Aquí descubrí el corazón de Dios y los secretos sobre una relación íntima de amor a Jesús.”*

SI YO AMARA SOLAMENTE A JESÚS 32p.

La historia de la hermana Claudia. Ella descubrió el poder transformador en la sangre del Cordero y amaba a Jesús sobre todas las cosas. Decía: “Experimento literalmente que Jesús hace lo amargo dulce. Ésta es mi felicidad oculta.”

ARREPENTIMIENTO, ¡UNA VIDA PLENA DE ALEGRÍA! 106 p. “Recién he terminado de leer este libro por tercera vez. Nunca antes leí un libro que causara tan profundo impacto en mi vida... Después de haber aprendido a ser paciente en el diario arrepentimiento, he descubierto que aunque las circunstancias poco felices de mi vida no han cambiado, he estado lleno de gozo y paz”.

DÉJAME ESTAR A TU LADO 160 p.

Una narrativa sobre la Pasión de Jesús. “Nunca he leído un libro que de una manera tan conmovedora nos hace entender los sufrimientos de Jesús como si estuviéramos allí.”

AQUELLOS QUE LE AMAN

*“AQUELLOS QUE LE AMAN
trajo un cambio radical en mi vida cristiana.”*

*“Este libro examina el significado de Apoc. 2:4.
Señala que el Señor, en Su Segunda Venida,
llevará sólo a aquellos que no han perdido
'el primer amor'.*

*Es un llamado al arrepentimiento para todos
los que han perdido este amor y señala
el camino para recuperarlo.*

*Sin este amor... verdadero
valor espiritual es imposible.”*

*“Esto es un libro para aquellos que no
solamente quieren saber de Jesús,
sino que quieren tenerle como suyo y
llegar a Su semejanza.*

*Este libro es para todos los que tienen el deseo
de amarlo a Él con un “primer amor” hasta el fin.
El camino y la meta son descritos con una
brillante claridad, que uno no puede más
que buscar, lleno de anhelo, este amor.”*